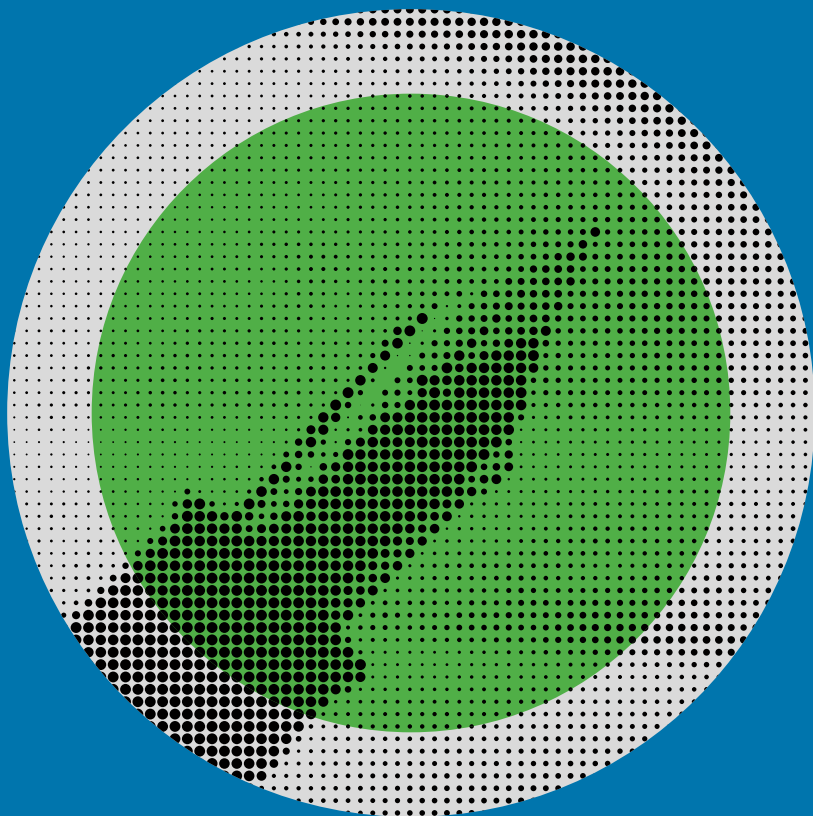


OBRAS GANADORAS DEL CERTAMEN LITERARIO

12 DE OCTUBRE,
DÍA DE LA HISPANIDAD



Cooperación
Española
CULTURA / MALABO

2016

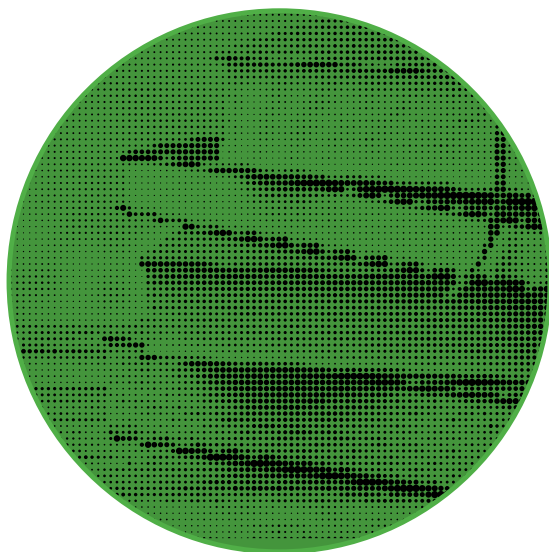
Derechos

- Obras ganadoras del Certamen Literario “*12 de Octubre, Día de la Hispanidad 2016*”
- De los textos : Los respectivos autores
- De las fotografías El Centro Cultural de España en Malabo y de los autores
- Corrección de estilo : Miguel-Ángel Obama Nchama
- Edición : Centro Cultural de España en Malabo
- Maquetación : chuantey.com
- Impresión : Imprenta Copysell, España

**OBRAS GANADORAS
DEL CERTAMEN LITERARIO**

*12 DE OCTUBRE,
DÍA DE LA HISPANIDAD*

2016



PRESENTACIÓN

En esta publicación les presentamos las obras ganadoras del *Certamen Literario 12 de Octubre, Día de la Hispanidad*, del Centro Cultural de España en Malabo. Una actividad organizada para la promoción de la lengua española y dar a conocer a la nueva generación de escritores guineanos.

Las obras son de Eladio Andreu Cámara y Juan Antonio Nkono Ekaha Ndoho, ganadores en las modalidades de poesía y narrativa respectivamente.

En el poema, el autor se lamenta por la pérdida de ciertas virtudes al tiempo que se queja de ciertos vicios que invaden su sociedad.

La narrativa es una secuencia de historias ficticias de la ciudad de Malabo. Una ciudad en constante cambio donde cada día se desvelan las ansias y los sucios deseos de los personajes que la componen.

Queremos agradecer de forma especial al Jurado de este Certamen Literario compuesto por Miguel-Ángel Obama Nchama, Trifonia Melibea Obono Ntutum, Abilio Sagunto Cobanche y Herminio Treviño Salas, por la evaluación que hicieron de los trabajos, basándose siempre en los criterios fijados para la valoración de las obras, así como el impacto social de los temas que tratan en los mismos aun siendo ficticios.

Esperamos que disfruten con la lectura y les guste.

Carlos Nvó Obama

Gestor Cultural del Centro Cultural de España en Malabo

ADVERTENCIA

Los hechos ficticios de esta narrativa no son más que fruto de la imaginación del autor por lo que la semejanza de ciertos sucesos no es más que mera coincidencia con la realidad.



Juan-Antonio Nkono Ekaha Ndoho nace en el consejo de poblado de Mbedumu Oyeck, distrito de Ebibeyín, provincia de Kie Ntem.

Formación

Técnico Superior en sistemas de telecomunicaciones y en sistemas informáticos por la ETS Virgen de las Nieves de Granada-España. Actualmente está cursando el primer año del Grado de Humanidades y Ciencias Religiosas en la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial.

Premios literarios ganados

2010: Ganador del Primer y Segundo premio del *Certamen Literario "12 de Octubre"* en la modalidad de Poesía con la obra *Poemas de Cristal* organizado por el Centro Cultural de España en Bata.

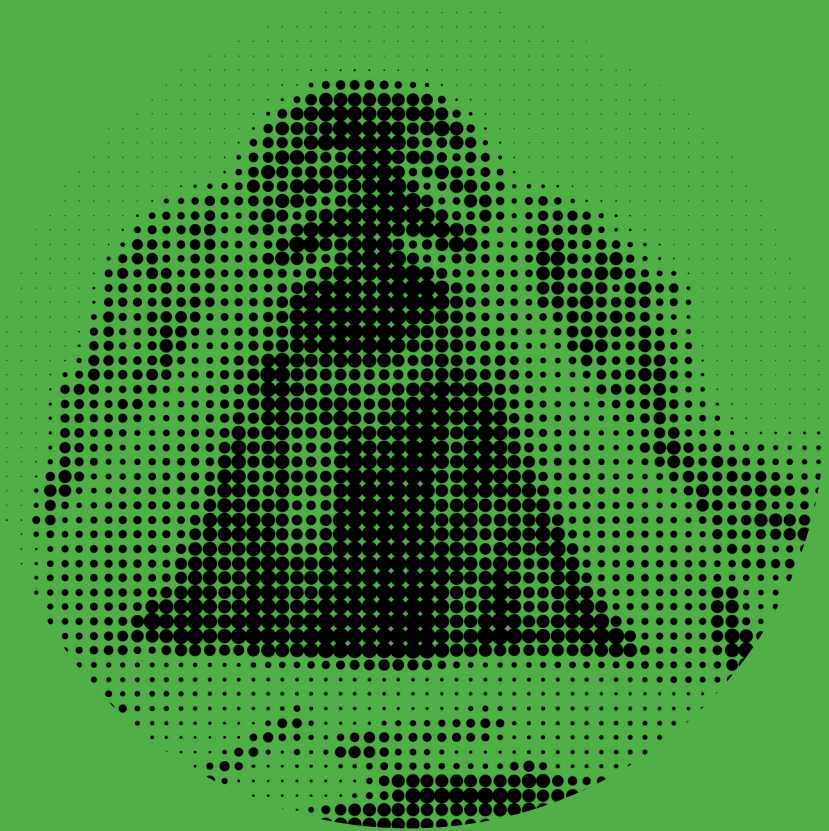
2017: Ganador del Tercer Premio del *Certamen Literario "Miguel de Cervantes"* en la modalidad de Poesía con la obra *Y decidimos ser poetas* organizado por la Academia Ecuatoguineana de la Lengua Española.



Eladio Eladio Andreu Cámara (1991) nace en Malabo, cursa estudios entre Bata, Annobon y Malabo. En 2016 se licencia en Ciencias Políticas y Administración por la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial.

Como escritor, Andréu desde temprana edad, siente afición por las novelas policiacas, algo que marcará su temática y estilo. Gana el Certamen Literario 12 de Octubre, edición 2012 convocado por el Centro Cultural de España en Malabo con su novela relato corta *Los ojos de la inocencia* en 2016 vuelve a participar en el mismo concurso con la novela *Fuego en la mirada* ganando por segunda vez este Certamen.

Andreu, en sus novelas a menudo se interna en los intestinos de una ciudad en constante cambio; desvelando la avidez y los sucios deseos de los personajes que la componen.



**LA PELÍCULA
SILENCIOS Y NOSTALGIAS
FUSILES DE HOJALATA
NOCHES DE INSOMNIO**

Juan-Antonio NKONO EKAHA NDOHO

LA PELÍCULA

*Si es cierto lo que se espera
Es un consuelo en verdad
Pero siendo una quimera
En tan frágil realidad
Quien espera desespera*

José Zorrilla

Perdí las pocas esperanzas que guardaba en el cenicero
Se han esfumado junto al humo de mis cigarrillos
Y hace unos segundos, he descubierto que he perdido la fe:
La fe en mí mismo, la fe en los hombres
La fe en las palabras de mi madre, en el consuelo de los amigos
En los discursos del rey, en los libros de auto-ayuda
Y en las frases del Dalai Lama.

Quiero darle otra oportunidad a Dios
A ver si esta vez me cuenta algo que yo no sepa

Y quisiera volver a soñar, pero para qué soñar
Si puedo ver el futuro acercándose con la cara arrugada
Cargado de tempestades y bailando al son de la desesperación

Y qué más me queda:
Encender otro cigarrillo que me haga la existencia más llevadera
Mientras voy perdiendo un poquito de mí en cada calada
Con una sonrisa en los labios y una tranquilidad que solo tienen
los budas
Observo como si de una película de Steven Spielberg se tratara
Como la desesperación arrasa las ciudades y a la juventud

»

- « Y ahí queda mi herencia:
Un curriculum vitae sin experiencia laboral
Varios diplomas sin estrenar, veinticuatro fotografías tamaño carnet
Ciento siete instancias de solicitud con sellos de entrada
Novecientos sueños sin cumplir y veintitrés años de desilusiones.

SILENCIOS Y NOSTALGIAS

*Qué es lo que tenéis contra la nostalgia
Es la única distracción que nos queda
A los que no tenemos fe en el futuro, la única*

Romano (La gran belleza)

A veces elijo el silencio, casi siempre
Mientras todos cuentan sus historias,
Chistes, aventuras y amoríos

Elijo echar una sonrisa estéril
Mientras todos se ríen a carcajadas
Comentando sus últimos romances
Paseos hacia ningún lugar, desengaños
Primeras citas y rupturas
Que no dejaron rastro de pena sino de gloria

Elijo siempre la soledad entre la multitud
Y escucho los susurros de la gente:
“le gusta estar solo, está siempre solo, es un poco raro” ...

A los que respondo en silencio:
Mi soledad no es solo un estado, ¡es mi elección!
Con muchas ganas de añadir una vulgaridad
Como por ejemplo ¡cojones!
Pero suspiro, cuento hasta diez y me pongo sereno,
Cuidadosamente me levanto y
Me despido de las damas con un beso por mejilla
De los caballeros con un apretón de manos
Y salgo a dialogar con mi sombra bajo la luz de una farola: »

« Mis silencios forman parte de mi ser,
Son los vacíos que en mí habitan
Huecos que fueron dejando los días
Y que no consiguen llenarse con el tiempo

Son mis silencios ausencias, golpes de aquí y allá
Profundos cortes no cicatrizados
Molestias inmunes al cambio, inmunes al olvido
Inmunes al nuevo comienzo

Son mis silencios recuerdos
De los tiempos mal vividos en el ayer
Sueños estropeados por decisiones equivocadas
Son mis silencios dudas, inquietudes
Los gritos inútiles del corazón y
Las eternas batallas entre lo que fue o pudo ser
Son mis silencios nostalgias, son mis silencios mi rebelión.

FUSILES DE HOJALATA

...No cuenten conmigo para lavarles los platos

César-Augusto Mbá Abogo (El porteador de Marlow)

No cuenten conmigo para ser Marinero,
Sargento de las Fuerzas Armadas,
Teniente de Aduanas, Coronel
O Brigada de la Guardia Municipal

No cuenten conmigo para ser Capitán de la Policía
Alférez de la Brigada Canina, Brigada de Tráfico
Jefe de Compañía, ayudante del General o Comisario Jefe

No cuenten conmigo para patrullar vuestras calles
Para cargar estos fusiles de hojalata
Y cuidar de vuestros palacios
Por un caldo caliente y
Una angosta habitación en el extrarradio
No, definitivamente, no cuenten conmigo

NOCHES DE INSOMNIO

*Camino por la calle y no comprendo
Lo caro que es vivir en libertad*

Ricardo Iorio (Pobre Juan)

Cuánto pesa la esperanza
Qué lejos se quedan los sueños
Cuando el viento sopla a mil kilómetros por hora
Pero en dirección contraria

Qué gris se ve el mundo desde esta ventana
Cuánto duele mirar el reloj
Y darte cuenta de que se acerca un nuevo día
Con el mismo guion, el mismo rostro en los postales

Qué caro me salió quererte patria mía
De negarme a vivir lejos de ti
En confiar que nada sería igual
Que después de todo, el tiempo dejaría
Sus huellas en ti y en los tuyos, en nosotros

Mas, el tiempo solo pudo con tus calles
Un casco nuevo para el motor de ayer

Qué poco duran los cigarrillos
Cuando se pierden las ganas de vivir sin apenas haber vivido

Qué gris se ve el mundo desde esta ventana
Cuánto hiere este silencio atroz, cuánto durará este sin vivir,
Cuándo acabarán estas noches de insomnio.



FUEGO EN LA MIRADA

Eladio ANDREU CÁMARA

PAREDES OPACAS

La prisión de Black Beach está situada en la costa septentrional del litoral fernandino; fue construida en los años cuarenta. Este edificio se encuentra ubicado en una zona costera de Malabo, capital del país, muy próximo a la playa que lleva su nombre. Según algunos, este nombre hace referencia a las aguas negras que bajan por el río que desemboca en el mar por esta playa. “La playa está siempre sucia y llena de porquería” –aseguran- Otros más supersticiosos piensan que el nombre se debe a lo sombrío del lugar.

Durante la época colonial, allí estaban reclusos presos comunes. Sin embargo, tras la llegada de Francisco Macías Nguema al poder en 1968 como primer presidente de la Guinea Ecuatorial independiente, Black Beach comenzó a recibir muchos presos condenados por insurgencia y por estar en contra del régimen. Sin embargo después del golpe de estado, la imagen de la prisión cambió considerablemente; fue modernizada en el año 2007 cuando se registró un aumento considerable en el índice de presos ingresados, pero su mayor cifra se dio en el año 2010 cuando se registró los más altos índices de criminalidad juvenil, alcanzando la cifra alarmante de más de veinte presos menores de 20 años condenados por robos, atracos, extorsiones y crímenes menores.

Ya era medianoche; aquella era la hora fijada para el relevo de inspección de las celdas. Bisoko se estiró las extremidades, acompañando el acto con un largo bostezo, se colocó el manajo de llaves, buscó la linterna, metió la pistola en la funda y se aseguró de que la porra seguía en su sitio, aquel sería su primer día como guarda de inspección y no podía dejar de sentir aquella mezcla de sentimientos entre emoción y miedo que le estremecía por dentro, pero exteriormente sus facciones no parecían denotar el más mínimo atisbo de duda, parecía imposible mientras se arreglaba para el reemplazo.

Siempre había sido un chico limpio y responsable y eso se notaba en cada palmo de su higienizada ropa y su cabello muy bien peinado. Era bajo de estatura y su uniforme le quedaba algo grande por lo que tenía

que remangarse la camisa y atarse muy bien los cordones. Caminó lentamente hacia un amplio portal ya que desde la otra parte de la puerta no se escuchaba casi nada. Atravesó el amplio vestíbulo llegando a un gran pasillo flanqueado por celdas, todo estaba en silencio; nada parecía perturbar aquel lúgubre y sosegado ambiente, excepto los sutiles ronquidos de los presos que parecían flotar en la oscuridad de la sala y los tenues pasos del otro guarda que, según sus movimientos, evidenciaban que seguía inspeccionando celdas, esperando el relevo. Bisoko continuó caminando paulatinamente intentando no alterar el silencioso ambiente reinante y mientras avanzaba no dejaba de curiosear el interior de las celdas descubriendo singulares figuras tumbadas en sus literas, algunos menos dormidos que otros y sus blanquecinas pupilas parecían escudriñar la oscuridad con ansia creciente. Al fondo se escuchaba los sordos ruidos del otro guarda golpeando los barrotes de una celda. Bisoko aceleró el paso hasta encontrarse con su compañero de turno; quien, a pesar de no conocer se alegró de ver, hecho que demostró al saludarle con una sonrisa y un cálido apretón de manos, después se hicieron las correspondientes presentaciones.

Su compañero se llamaba Nguema, un viejo sexagenario a punto de jubilarse que llevaba trabajando en la penitenciaría doce años y a quien habían delegado la tarea de instruir a los nuevos vigilantes de la prisión antes de su conveniente jubilación. Hablaba siempre con calma, como quien analizara sus palabras antes de pronunciarlas; sus labios ennegrecidos evidenciaban su vicio por fumar, su lánguida figura parecía contrastar con su serio y adusto rostro. Mientras conversaban y caminaban, Bisoko pudo advertir que el veterano cojeaba de la pierna izquierda, cosa que al parecer le irritaba mucho y esa rabia parecía traducirse en su entonación y en su peculiar habla, cargada de desprecio y ofensas hacia los reclusos.

- Me lo hicieron los presos- dijo después de advertir la insistente mirada del joven sobre su pierna lesionada- esos hijos de puta me han jodido la vida.

- Qué ocurrió- preguntó Bisoko con cierta confianza.

El viejo se paró en seco y suspiró lentamente antes de responder con

voz calmada y distante.

- Fue durante una pelea yo trataba de imponer orden cuando uno de ellos me apuñaló con un cuchillo en la pierna izquierda, pero ya recibió su merecido el hijo de puta ese- concluyó con cierta nota de maldad.

Bisoko le miró algo aterrado.

- Qué le pasó.

El viejo sonrió mostrando una horrible y deteriorada dentadura.

- Está muerto- el longevo hombre hizo una pausa deleitándose ante la expresión de asombro de su oyente- después de aquello los presos sienten gran animadversión hacia los carceleros, nos odian a muerte.

Bisoko empezó a tener cierta sensación de angustia y desasosiego.

- Por eso debes limitarte a lo estrictamente profesional. No debe haber contacto de ningún tipo entre tú y el recluso, ni conversación, ni saludo. Créeme lo puedes lamentar.

- Porqué- preguntó Bisoko cada vez más alterado.

El viejo soltó una carcajada.

-Porque puedes acabar muerto; si quieres conservar tu trabajo y tu vida debes hacer lo que te digo o lo lamentarás, novato, eso le pasó al centinela de la semana pasada, quiso alternar con los presos y acabó muerto de una tremenda apuñalada.

Bisoko lo entendió todo enseguida, ya le habían advertido que entre los mismos carceleros existían soplones que daban parte a los departamentos superiores si existían comportamientos extraños o riesgo de maquinación

de fuga entre presos y guardas; y al centinela sorprendido se le asignaba un castigo de acuerdo a su perfidia, aquel era el encargado de sembrar el miedo entre los nuevos centinelas a fin de que no intenten nada perjudicial para la institución.

El experimentado celador sacó de su bolsillo un porro, lo lió con mucha habilidad y lo encendió.

- ¿Fuma?

El joven sacudió la cabeza negativamente.

- Muy bien, porque no se permite fumar ni beber en horas de trabajo – anunció mientras le lanzaba las bocanadas de humo de la banga. El aire se cargó del tóxico olor del narcótico.

Bisoko sentía acrecentar su rabia hacia aquel enclenque y vanidoso hombre que decía ser su jefe y que se jactaba de haber sobrevivido de una herida mortal.

-Quiero recordarte que el reglamento interno advierte a los centinelas...

El viejo fue cortado en seco por un horrísono alarido de agonía que flotó en la nave y que parecía provenir del ala este donde vería al fondo. Sacó la porra con gran experiencia y se dirigió con dificultad (a causa de la cojera) hacia la dirección de la voz. Bisoko se le adelantó rápidamente y llegó primero a la celda 24, miró primero al interior de la oscura celda sin poder notar casi nada, después buscó torpemente su linterna, al encontrarlo accionó rápidamente el interruptor y lo que vio le aterró aún más y le lanzó una pávida mirada a Nguema como quien buscara la ayuda de un experto en primeros auxilios, Nguema al notar la expresión de terror en el rostro de su inexperto compañero se apresuró aún más, al llegar a la celda pudo ver la figura de un preso con fuertes convulsiones, parecía un cuerpo en trance, los continuos rebotes del cuerpo contra el suelo hacían temblar

el suelo cementado de las celdas. Bisoko se llevó la mano a la boca ahogando un tético grito y el viejo miraba la escena con cierto pavor en los ojos temiendo estar presenciando un rito de exorcismo.

- Qué hacemos- preguntó Bisoko con voz temblorosa.

No hubo respuesta, el anciano seguía la escena con miedo dibujado en su semblante; sus diminutos ojos parecían haberse engrandecido y abrió tanto la boca que el cigarro se le resbaló. En más de un lustro de experiencia carcelaria nunca había presenciado cosa igual. No sabía qué hacer, cómo reaccionar.

- ¡¡¡Lo habéis envenenado!!! ¡asesinos! - gritó una voz desde la celda contigua.

El preso continuó con contorsiones cada vez más disminuidas, lanzando esputos de sangre. Bisoko se alteró todavía más al presenciar aquello, se llevó las manos a la cabeza profiriendo una maldición en su lengua vernácula, el bubi.

- ¡¡¡ Asesinos!!! - bramó otra voz desde el fondo.
- ¡¡¡ Matones!!! ¡¡¡ hijos de puta!!! - gritó otro.

La celda pronto se convirtió en un revoltijo de voces y de insultos de todo tipo hacia los dos guardias que contemplaban atónitos el suceso que se desarrollaba ante sus ojos.

- ¡¡¡Callaros hijos de puta!!!! - chilló Bisoko en el colmo de su histeria.

La convulsión del preso finalizó junto con el vocerío de los presos después del último grito de Bisoko que pareció devolver la calma inicial al recinto. El anciano seguía mirando con los ojos bien abiertos la figura inanimada del preso que yacía en el suelo con la cabeza aplastada en un charco de sangre.

Ha muerto, dijo decaído Bisoko mientras miraba la figura del viejo que

parecía todavía más flaco y decrepito a causa del espectáculo que acababa de presenciar- Qué hacemos- preguntó después de una breve pausa

El viejo se sacó el sombrero mostrando una brillante y lubricada alopecia.

- ¡¡¡Lo habéis matado!!! ¡Asesinos! - gritó otra voz desde el fondo del corredor.

- ¡A callar!! ¡imbéciles! – gritó Nguema después de haberse recuperado del shock.

El viejo se rascó la calvicie, mientras Bisoko esperaba las órdenes pertinentes.

- Abre la puerta de la celda, hay que comprobar si está muerto.

Bisoko se apresuró en sacar con mano temblorosa el manajo de llaves que colgaba de su cinto, éste se cayó debido a la tembladera, lo recogió del suelo y profiriendo una maldición procedió a seleccionar la llave de la celda 24, después abrió la puerta. Los dos oficiales entraron lentamente como quien comete un sacrilegio al invadir un lugar sagrado mirando de un lugar a otro. En la celda reinaba un olor acre, muy fuerte, el cadáver parecía frío con los ojos desorbitados y la boca entreabierta; el veterano se agachó para ver mejor al reo.

- Está muerto- anunció-. Se llamaba Rocu y llevaba aquí muchísimos meses.

Bisoko miró el cadáver con miedo. Era la primera vez que veía a alguien morir. El viejo le miró y pudo advertir que aquel suceso había reducido sus ganas de trabajar en un antro como aquel, aunque la paga fuera excelente no se podía comparar el dinero con el riesgo de sufrir un infarto o un disgusto parecido.

- Debes acostumbrarte a ver escenas como estas, esto es una cárcel, no

un hotel de cinco estrellas- dijo el viejo recuperando su tono irónico y sus ínfulas de superioridad- mejor vámonos, mañana ya vendrán a recoger esta basura.

Se disponían a marcharse cuando Bisoko, quien iba detrás, sintió que una mano vigorosa le agarraba por el cuello y otra desenfundaba ágilmente el arma enfundada en su cinto. Bisoko soltó un grito de sorpresa haciendo un rápido y frustrado movimiento de forcejeo, el anciano se dio la vuelta y se quedó de piedra al ver que la “basura” estaba más viva que nunca, y que en estos momentos le apuntaba con un arma, el veterano miró al suelo vacío y tragó saliva al ver que estaba a menos de un metro de alcanzar la muerte, Bisoko intentó forcejear con el preso haciendo que se descontrolara, ocasión que no perdió el anciano para huir, mientras tanto, Bisoko y el preso continuaban con la brega, el preso le clavó la pierna y le hizo caer al suelo, después le propinó un golpe certero y otra patada en el vientre que le hizo doblarse sobre sí mismo, soltando gritos de dolor que hicieron tronar toda la cárcel, después corrió veloz hacia el corredor donde seguía cojeando el viejo, el preso corrió tras él y el veterano al verse tan prontamente alcanzado sacó rápidamente el arma y disparó, la bala pasó silbando muy cerca del preso que continuaba zigzagueando a fin de evitar ser alcanzado por el proyectil. El viejo se vio atacado por los demás presos que le lanzaban todo tipo de objetos desde las oquedades de las celdas, entre almohadas, libros, palos, al final, el viejo se cayó al suelo exhausto por la carrera y porque sus desvencijadas y contusionadas piernas no le permitían seguir con la maratón, fue alcanzado por el preso que le aporreó varias veces con la culata del arma dejándole medio aturdido y llorando agónico en el suelo.

Rocu le desnudó ávidamente, se vistió ágilmente de oficial y se apresuró en abrir unas cuantas celdas. Pronto salieron de las celdas otros siete presos más que huían desesperados ante la esperanza de poder alcanzar la libertad, los policías uniformados no tardaron en hacer acto de presencia alarmados por los disparos y los gritos de los presos. Los policías sacaron las porras, mientras los presos luchaban cuerpo a cuerpo, Rocu y Adjaba pudieron escabullirse por la puerta trasera y seguir hasta el pórtico, no sin antes echar un vistazo a la gran batalla que se libraba en el interior entre

policías y presos, los oficiales lanzando golpes con las porras a diestra y siniestra y los presos unos intentando buscar una salida y otros tratando de batallar contra los policías, los dos prisioneros disfrazados salieron por la puerta fingiendo estar heridos, fuera, un grupo de cinco policías se dirigía con paso apresurado para ofrecer refuerzos en el interior. Rocu y Adjaba salieron del recinto penitenciario sin ningún problema, corrieron sin descanso hasta llegar a un descampado del litoral, al fin estaban libres.

Rocu no podía dejar de maravillarse al ver el paisaje que se aclaraba ante sus ojos, todo tan distinto, una ciudad diferente de la que había vivido anteriormente, llena de carreteras y edificios modernos pero lo más bonito y significativo para él era ver el cielo, sentirse al fin libre, la brisa refrescando su rostro, el ceniciento cielo y el mar ondulante por el oleaje.

Ya casi amanecía, se podía ver el claro de las nubes y una tenue luz que anunciaba el nacimiento de un nuevo día, hacía más de diez años que Rocu no veía una alborada al aire libre y necesitaba disfrutar de ello. Suspiró profundamente. Después de su minuto de melancolía, se santiguó y anunció dándole una palmadita en el hombro a su orondo compañero:

- En marcha, tengo una familia que recuperar- dijo mientras se secaba la boca todavía manchada de sangre.

FANTASMAS DEL PASADO

La belleza de Silvia era incomparable: delgada, alta y elegante, de gestos moderados y rostro altivo que le daba cierto porte de mujer de alta clase, en su rostro se empezaba a advertir sutiles arrugas, fruto de una vida llena de preocupaciones y del inexorable paso del tiempo, pero a pesar de las rugosidades que ya se vislumbraban ; su rostro no había perdido la belleza de años anteriores, aunque sus ojos sí parecían haber perdido cierto fulgor con el paso de los años, cual vela que se consume por la acción del

fuego que a su vez también se mitiga. Su falta de cuidado e interés por la estética había mermado considerablemente su belleza. Vestía un delantal y sostenía un sobre con aire preocupado, lo había encontrado misteriosamente en la mesita de su lecho junto con una camisa muy sucia y arrugada que nunca antes había visto, el sobre no tenía remitente, lo puso a contraluz para intentar entrever su contenido pero no lograba ver casi nada, al final, y después de tantas vacilaciones la abrió con suavidad y con la culpa de quien parece hacer algo malo pero no puede evitarlo, desdobló el papel y lo que vio le hizo ahogar un grito, no podía ser, era imposible; volvió a mirar con ansiedad la letra. Sí era la misma caligrafía, sólo él podía escribir así. Silvia sintió que se le daba un vuelco al corazón, sintió aumentar su pulso y leyó con avidez la nota.

Querida Silvia:

Soy consciente de que no merezco que me hagas caso, pero eres la única persona que puede ayudarme y la única en quien puedo confiar, y aunque resulte absurdo, necesito verte, te esperaré en el Nido a las 12.00.

Santiago

P.D: Mira debajo de la cama.

Silvia arrancó la carta por la irritación que sentía recorrer todo su cuerpo interno y se secó las lágrimas que brotaron de sus ojos al leerla. Él la había destrozado la vida, cómo se atrevía a mandarle una carta y mucho más pidiéndole ayuda, ¿qué se creía, que podía entrar y salir de su vida como quien entra por su casa? ¿Acaso no la había hecho ya suficiente daño? porque tenía que volver ahora que ella ya había rehecho su vida, tenía un trabajo, y un niño que llenaba su vida. No, no estaba dispuesta a pasar por lo mismo, esta vez no, no iba a ser la misma ilusa de siempre, la que se lo creía y daba todo por él, ya había dejado atrás el pasado, había aprendido a vivir sin la sombra de aquel primer amor que desapareció inexplicablemente dejándola sola y con un hijo, había aprendido muy bien la lección y no iba a caer en el mismo error. Pero había algo en ella que se rebelaba contra

esta furia, a pesar de toda la rabia y el coraje que sentía, en cierto modo e incomprensiblemente no podía evitar sentir cierta emoción al recordar a aquel que fue el gran amor de su vida, aunque muchos otros amores habían pasado por su discurrir, ninguno la había hecho estremecerse tanto, él había marcado su vida, como el dueño que sella la marca de su caballo o su esclavo, aquello era un torrente de sentimientos misceláneos y encontrados. Sonrió al recordar el rostro ovalado de quien ella cariñosamente llamaba Santi, su color mulato y su pelo lacio y aquellos hoyuelos que se le hacían en la mejilla siempre que sonreía, su voz cálida y comprensiva.

Se sentía enfadada consigo misma, porque seguía ruborizándose al pensar en él después de lo que pasó, cómo podía pensar en él con nostalgia, ¿era posible que a pesar de todo siguiese enamorada de él? Hizo un movimiento con la mano intentando apartar aquellos pensamientos desatinados, en todo caso no podía comprobarlo porque decidió que nunca más volvería a verle, no pensaba acudir a aquella absurda cita bajo ningún concepto.

Necesita algo, algo que le hiciera olvidar, perder el conocimiento y, sobre todo, que le devolviera los ánimos y la seguridad que siempre la había caracterizado; algo que no le hiciera caer en la tentación de asistir a aquel encuentro. Se dirigió lentamente hacia la pequeña estantería, cogió una botella de whisky y se sirvió un largo trago de golpe, sintió un ligero escalofrío recorriendo su frágil estructura de los pies a la cabeza, y por su mente comenzaron a pasar, sin añoranzas, sin alegrías ni penas las imágenes de su juventud, el noviazgo con su antes admirado Santiago, proyectos y más proyectos no demasiado ambiciosos barridos como el polvo; en su cabeza, los recuerdos parecían sucederse estimulados por el alcohol, poco a poco. Silvia recordó aquella noche en que ella estaba preparada para darle una gran cena y él no apareció en toda la noche hasta muy entrada la madrugada cuando llegó muy alterado, cogió su maletín y sin mediar palabra se fue de sus vidas sin volver a aparecer en un año. Silvia se sirvió otro trago, y recordó cómo tuvo que ingeniárselas como madre soltera y sacar adelante a un niño adolescente y problemático, toda una odisea, pero lo que más le

desagradaba era el tener que mentir a su hijo sobre el paradero de su padre.

Estaba a punto de servirse otro trago cuando la interrumpió el chirrido de la puerta que se abría, un joven apareció en el portal.

- Hola mamá- saludó sin apenas mirarla.

Silvia le contestó con una sonrisa, se secó rápidamente los ojos húmedos y guardó igual de rápido la botella. Se acercó a él y le dio un beso. El aliento le hedía a alcohol, cosa que pareció advertir el muchacho.

- ¿Cómo te ha ido en clase hoy?

- Bien- respondió secamente el joven sin mucho entusiasmo.

Carlos se desplomó en el sofá, encendió la tele y se quedó mirando. A leguas se notaba el parecido de Carlos con su madre, sin duda alguna, había heredado aquellos ojos ligeramente bizcos que marcaban su mirada y su fisonomía, pero lo más notable en su físico era el color de su piel muy claro y aquellos hoyuelos, sin duda heredados de su padre. Silvia se puso el delantal y se metió en la cocina para hacer las diligencias propias de aquella hora, entretanto, Carlos se internaba en la habitación contigua para cambiarse.

Minutos después Silvia se acercó rápidamente al comedor para escuchar mejor la noticia que se estaba televisando, se sentó en el sofá a riesgo de desplomarse en el suelo por el sobresalto, con el corazón suspendido, subió el volumen del aparato. En este instante se daba paso al reportaje:

Después de muchos meses sin dar de qué hablar, la prisión de Black Beach vuelve a ser noticia, este jueves dos de los internados se han fugado- se mostraban por el monitor las fotos de los dos fugitivos- después de dejar gravemente heridos a dos funcionarios, llevarse sus atuendos para camuflarse entre el alboroto organizado para tal fin. La situación es tal que los soldados especiales de la presidencia han rodeado Malabo y están

peinando la ciudad, casa por casa. Los dos fugados responden al nombre de Santiago Rocu y Juan Adjaba Bieló, reiteramos que estos dos fugitivos son extremadamente peligrosos, se ruega a quien pueda ofrecer información acerca del paradero de estos dos prófugos no dude en contactar a los teléfonos siguientes...

Silvia tomó en aquel instante la decisión de ir a verse con él y cortar por lo sano con aquel pasado, tenía que poner fin a tanta incertidumbre, iba a preguntarle todo lo que deseaba saber y decirle la verdad acerca de su hijo, al fin y al cabo, él era el padre y tenía todo el derecho del mundo. Se adentró ávidamente en su habitación y miró bajo la cama; allí estaba, era lo que buscaba, un plástico negro, con detalles plateados. Lo abrió con la sensación de que se arrepentiría de hacerlo; dentro, una decena de fajos de billetes violetas la hicieron ahogar un grito de sorpresa.

- ¿Qué pasa? - escuchó la voz preocupante de su hijo tras la puerta.

- Nada- respondió intentando no delatarse mientras continuaba contando a ojo el montón de billetes-Tendré que irme a Luba- anunció más para sí que para Carlos.

Después de varios minutos apareció en sala de estar muy arreglada con su bolsa de paseo. Carlos ya se había cambiado de ropa y se entregaba a un zapeo frenético con los ojos hipnotizados ante el baile de programas.

- Aquí tienes un dinerito para comer y si quieres puedes irte a casa de tu amigo Sebas.

Depositó un billete de 10.000 francos en la mesa y se fue casi corriendo como quien huye de dar explicaciones y responder a preguntas incómodas. Carlos continuó mirando la tele, ajeno a todo hasta que sonó el teléfono. Lo descolgó sin dejar de mirar la pantalla.

- Quién es.

- Soy Sebas. *Prepárate, hoy tenemos fiesta.* - escuchó decir desde el auricular

- ¿Dónde?
- *En el Hostal Glamour, será la bomba.*
- ¿Tienes invitaciones?
- *No las necesitamos, tengo a alguien que nos va a colar.*
- Vale- dijo después de vacilar un poco- a qué hora empieza
- *A las doce.*
- ¿Tan tarde?
- *Hasta el amanecer-* dijo

Y Carlos supo que estaría sonriendo, cosa muy propia de su carácter alegre e hilarante.

A SUS ÓRDENES

Bibang era el jefe del grupo de la policía de Malabo, era alto, musculoso y corpulento, su gigantesca figura podía ser tomada como el prototipo de un jugador de básquetbol, casi siempre vestía chaquetas negras y corbatas del mismo color y acentuaba su físico con unas gafas oscuras. Era un tipo de apariencia afable, muy despreocupado y risueño, pero sus sonrisas tenían un toque de hipocresía y cierta maldad, su aspecto enfático y su porte distinguido y altivo le habían hecho ganar el respeto en toda la comisaría cosa que se manifestaba en su cargo. Se encontraba sentado frente al comisario Esono, hombre de avanzada edad con el cabello encanecido y la cara demacrada por los años y los duros esfuerzos físicos que comporta el oficio. Esono era un hombre entrado en carnes, con la zona malar magra, a diferencia de Bibang, que iba muy arreglado, al comisario le gustaba vestir ligero, sin rectitudes, nunca se ponía chaquetas ni uniformes, le gustaba ser informal en lo referente a la presentación personal, cosa que podía permitirse dada su eficacia en el trabajo, su veteranía y su importancia. Esono era un hombre de rígidas convicciones al que no le gustaba obedecer ni estar bajo las órdenes de nadie, algo que le había permitido mantenerse en su puesto durante más de cinco años.

La pequeña oficina estaba muy iluminada y calurosa, sólo las aspas giratorias de un pequeño ventilador libraban a los dos funcionarios del calor propio de la época.

- Hemos podido interrogar a uno de los dos funcionarios que estaban de guardia, un tal Protasio Bisoko, el segundo todavía sigue conmocionado a causa del duro golpe que ha recibido. Yo creo que capturar a esos fugitivos solo es cuestión de tiempo...

El comisario le interrumpió lleno de furia.

- ¿Tiempo? ¡¡maldita sea Bibang!! Recibimos llamadas a cada hora, se quejan de nuestra incompetencia, tengo a los de arriba metiendo baza, necesitan respuestas- el comisario señaló el escritorio repleto de periódicos, después escogió uno de ellos – la noticia está en todos los titulares. Todos están pendientes de nuestra gestión y no hay tiempo que perder. ¡¡¡Joder!!!!

Arrojó el ejemplar del periódico al suelo, necesitaba un cigarro. Se levantó dio una vuelta y prosiguió más calmadamente.

- Lo que quiero hacerte entender es que esto nos puede costar el puesto y no pienso acabar mi brillante carrera con tremendo fracaso - se volvió a desplomar en el sofá- el alcaide me ha llamado a las seis alarmado porque este fallo le puede costar mucho más a él que a nosotros y ha decidido ayudarnos, nos va a mandar a una detective privada estadounidense, especialista en casos iguales.

La noticia pareció alertar a Bibang que se incorporó en su asiento.

- ¡Cómo que una detective!

El comisario asintió con la cabeza.

- El director la ha contratado. Se llama Dafne Fox y se presentará aquí

dentro de poco. Aunque no lo quiere admitir, el alcaide duda mucho de la eficacia de este cuerpo y no quiere correr riesgos.

Bibang golpeó colérico la mesa.

- ¡¡Maldita sea!! Esto es una vergüenza, una humillación, dónde está el respeto que nos deben, nos están dejando en ridículo.

- A mí también me parece una ofensa, pero son órdenes de arriba y lo que debemos hacer es respetarlas.

Bibang suspiró impaciente, tratando de calmarse.

- ¿Y piensas dejar que una extranjera venga a hacer el trabajo que nos corresponde?

- De ninguna manera- se apresuró a contestar- si ella quiere colaborar se aceptará su ayuda, pero no pienso dejar que nadie se haga con el control de este caso.

Bibang sonrió, ése era el Esono que conocía.

- De todas formas, es una humillación.

Esono le miró con complicidad.

- No me voy a dejar doblegar.

Los golpes en la puerta interrumpieron al indignado policía. Ávila, un joven de estatura mediana y de aspecto agraciado entró tímidamente y se cuadró frente a sus superiores. Si el nombre de Ávila era célebre en todo el cuerpo policial no se debía a su profesionalismo ni a su dedicación, lo que le hacía popular era su fama de hombre seductor y mujeriego muy preocupado por el físico y siempre a la vanguardia de la moda. En el momento

en que entraba en el despacho estaba pulcramente uniformado, muy bien peinado y afeitado. El uniforme negro del servicio le favorecía bastante. Llevaba la camisa a medio abrochar dejando ver unos musculosos y pilosos pectorales.

Con la aparición del lozano policía la tensión que había en el despacho pareció relajarse.

- Hemos podido averiguar más sobre los dos fugitivos- anunció Ávila rompiendo el tenso silencio-el promotor y ejecutor del plan es Santiago Rocu quien montó el numerito de la convulsión y fingió su muerte para conseguir huir y luego ocurrió lo que ya sabemos.

Acto seguido el oficial depositó los informes sobre la mesa. El comisario se frotó la barba con aire sugestivo. Bibang se incorporó.

- Qué se sabe sobre el otro, el tal Adjaba.

Ávila sacó una libreta de su bolsillo, pasó un par de páginas.

- Bien, el tal Adjaba fue recluido el mes pasado, condenado por asesinato a una pena de diez años- hizo una pausa para consultar las páginas de su cuaderno- averigüé que su familia, una mujer y un hijo, viven actualmente en la región continental.

Bibang estornudó interrumpiendo el relato del oficial.

-Y... Qué has podido averiguar sobre la vida de Rocu- preguntó inquisitivamente

Ávila hizo una pausa.

- No pude indagar mucho - dijo el joven frunciendo el ceño.
- Porqué- pregunto Bibang con premura.

Esono se acomodó en su sillón con su peculiar impasibilidad. El joven les miró y después continuó.

- Busqué entre los archivos; sólo se sabe que fue juzgado por los cargos de robo. Ni la pena ni los informes. Nada. Es un fantasma.

Esono se acarició el mentón.

- ¿Has consultado los ficheros del ministerio de justicia?

Ávila asintió.

- No he encontrado ningún caso Rocu en el sumario.

- Y qué más pudiste averiguar- curioso e intrigado Bibang.

El policía hurgó en su libreta, después sacudió la cabeza.

- Nada más.

El comisario se levantó incordiado por las últimas nuevas.

- Todo eso es muy raro, me parece que este tal Rocu no es un preso cualquiera, detrás de eso debe haber algo realmente gordo y nosotros debemos disipar esa cortina de humo. Hay bastante gente importante que quiere ver a ese hombre tras las rejas y debemos saber por qué.

Bibang carraspeó turbado.

- Uhhh... Jefe, creo que deberíamos limitarnos a cumplir nuestro trabajo y no meternos en asuntos negros. Ya sabes cómo es eso.

El comisario le lanzó una mirada drástica.

- Para cumplir bien mi trabajo debo llegar hasta el meollo de este asunto, le pese a quien le pese.

- Pero jefe...

- ¡No hay peros que valgan! - le interrumpió el anciano elevando aún más la voz- ahora quiero que continuéis averiguando y que distribuyáis las fotos de cada preso en las barreras, en el puerto, en el aeropuerto y en cada peaje; averiguar si el tal Rocu tiene familia, de qué trabajaba, quiero saberlo todo.

Bibang y Ávila se disponían a salir cuando llamaron a la puerta y por ella apareció una joven negra, aunque de remarcada piel clara, muy atractiva, de estatura mediana, aunque los tacones le hacían parecer muy alta. Iba vestida de civil, con una ropa ajustada que marcaba su delgado talle y una falda que le cubría las rodillas, ojos y pelo oscuros, labios húmedos y sensuales remarcados con el remarcado color rojo del pintalabios, pómulos marcados y pechos ligeramente adelantados. La joven caminó con paso decidido y sin más se acercó a Bibang que se encontraba en el umbral de la puerta.

- Yo soy Dafne Fox- dijo la joven con remarcado acento inglés mostrando su credencial de detective y saludando al robusto jefe que parecía sorprendido y sin habla- supongo que usted es el comisario...- hizo una pausa para recordar- Esono ¿verdad?

Bibang negó con la cabeza, Esono se acercó a la joven con aire formal.

- Yo soy el comisario Esono, él es el segundo al mando, el jefe de la policía, Bibang.

La joven se atolondró por su falta de acierto y se desconcertó aún más al ver el aspecto tan descuidado del verdadero comisario, saludó formalmente a los dos.

- Y este...- dijo Esono señalando a Ávila- es mi ayudante Pablo Ávila Panadés.

El joven hizo ademán de extender la mano, pero la detective apenas

se fijó en él, examinaba la austera y simple oficina que sólo contenía una mesa, varias sillas, un destartalado ventilador y un armario repleto de archivadores.

- Siento mucho la confusión, de verdad le ofrezco disculpas y me pongo a vuestra entera disposición para ayudar en lo que puedo.

El comisario carraspeó acercándose a Ávila.

- Por ahora puedes acompañar a Ávila y ponerte al día de lo que por ahora tenemos.

La joven miró al joven oficial con cierto aire de desprecio. El joven parecía igual de desconcertado al notar el dejo despectivo en la mirada de la mujer.

- ¿No voy a trabajar con usted? - preguntó la joven algo decepcionada y dirigiéndose al viejo comisario.

El comisario sonrió y después su voz tomó un deje irónico.

- Usted es una entendida investigadora, según su ficha. investigue por su cuenta y si encuentra algo de interés nos lo hace saber, le prometemos que nosotros haremos mismo. Colocamos a su disposición a nuestro oficial más prolífico para ponerla al día y ayudarla en todo lo que pueda surgir.

La joven volvió a mirar al joven que parecía perplejo ante tal situación, pero aún más asombrado por la belleza de la mujer.

- Pero el alcaide me dijo que....

- ¡No me interesa lo que haya dicho el alcaide! -el comisario empezaba a impacientarse- yo estoy al mando de esta institución y soy quien da las órdenes. si quiere seguir trabajando tendrá que ponerse bajo mis órdenes y si no, puede marcharse – sentenció- enfatizando la última palabra.

La cara de la joven reflejaba la indignación y la desestimación que había sufrido.

- Está bien, señor Esono- su voz adquirió un tono menos cordial y más quisquilloso-trabajaré en esas condiciones, pero sepa que voy hacer saber al alcaide y a sus superiores su falta de consideración hacia mi persona.

La joven norteamericana salió enfurecida, moviendo con cierto regodeo las caderas, golpeando con fuerza la puerta y dejando un tenso silencio en la sala donde los oficiales se miraban en silencio sin saber qué decir. Sólo Bibang sonreía disimuladamente.

VIEJA RATA

El barrio Caracolas está situado en la parte más occidental de la ciudad, limitando al este con la avenida Hassan II y al norte con la autopista Malabo-aeropuerto. Un lugar poco efervescente donde la calma y la quietud de las calles sólo suele ser interrumpido por algún que otro cocheo transeúnte ocioso, sus calles son estrechas, siempre flanqueadas por edificios y viviendas en su mayoría cercadas por sólidos muros, aisladas unas de otras, lo que hace aumentar aún más la sensación de soledad y reposo reinante en las calles del barrio, las calles gozan asimismo de árboles que hacen más natural el aire. Todo ello hace de caracolas un lugar idóneo para el paseo, pero incidimos en un error al emplear la palabra barrio para denominar la zona de caracolas. Que, pues, aunque en ella existen varias viviendas familiares, en su mayoría suntuosas; no es un lugar meramente residencial, pues en él se encuentran edificios y sedes de insignes empresas y organizaciones, así como varias embajadas, y la sede provisional del ayuntamiento Municipal, así pues, podríamos decir que Caracolas forma parte de la gran ciudad en la que poco a poco se está convirtiendo Malabo.

Desde lejos un coche se acercaba a toda velocidad alterando el silencio reinante, un Toyota Hilux. Continuó avanzando hasta detenerse en seco frente a un majestuoso edificio de arquitectura moderna. El conductor

se apeó, se emperifolló el cabello, se arregló la chaqueta y se colocó cuidadosamente las gafas; observó la figura que reflejaba de sí en retrovisor y después se frotó las manos, satisfecho consigo mismo por el aspecto impecable que reflejaba en el espejo. Se dirigió parsimonioso hacia la entrada del lujoso edificio donde el portero le saludó con gran familiaridad, tomó el ascensor y se detuvo en la última planta que daba a un amplio lobby en cuyo final se abría un mirador cristalizado desde donde se podía contemplar una espléndida vista del barrio. No perdió el tiempo, continuó con paso decidido hasta llegar al portón de un despacho donde se podía leer con letras mayúsculas: “*RAÚL AVELLANEDA, director*”.

Bibang abrió la puerta sin previo aviso, su irrupción hizo que los ocupantes le lanzaran una mirada rápida. Dentro reinaba un calor asfixiante, razón por la cual se había abierto las ventanas de par en par dejando paso a los raudales del sol que iluminaban la amplia sala.

El señor Avellaneda sudaba copiosamente, hablaba por teléfono con su peculiar acento cubano, parecía fuera de quicio por el tono de su voz, contraía el entrecejo y las arrugas que poblaban su rostro parecían haberse aumentado. A su derecha se sentaba una mujer que al ver a Bibang entrarse sobresaltó, muy atractiva. Su imagen pareció despertar en el rostro del oficial ambivalente lujuria y ternura. Bastante joven. Su rostro redondo y sus labios encarnecidos la hacían parecer una muchacha, sostenía un abanico y lo agitaba voluptuosamente, mientras le dirigía al oficial una mirada cargada de sentido. Engalanaba una falda corta de tonalidad roja que dejaba al descubierto sus exuberantes y lubricadas piernas entrecruzadas. Llevaba, así mismo, una blusa sugerentemente desabrochada dejando entrever la hendidura de sus destacados pechos ligeramente goteados de sudor, mientras se soplaba soltaba con parquedad su larga cabellera postiza echándola hacia atrás, girándola de un lado a otro para abanicarse mejor, mientras minúsculas gotas de sudor bajaban lentamente desde su cuello hasta aposentarse en la curvatura que describían sus senos.

- ¡¡¡ No quiero escuchar nada más!!!*Dale, Vengan* acá y arreglen el aire

acondicionado ¡ya! - golpeó fastidiosamente el auricular- “*pa la pinga*” todos esos inoperantes.

Raúl era un hombre de emociones inestables, capaz de cambiar con facilidad de estado de ánimo y al que le disgustaba las contradicciones. Odiaba sentirse inferior a nadie, prepotente y siempre propenso a la ira. El aspecto de Raúl no era el del prototipo de un latinlover, pero sí tenía cierto porte de hombre atractivo a pesar de las pocas arrugas que empezaban a poblar su áspero rostro. De altura medía menos de un metro ochenta, su varonil tórax evidenciaba su asiduidad al deporte y el excesivo cuidado dietético al que estaba sometido. El viejo magnate se atusó el encanecido cabello ofuscado por el calor y la disputa telefónica, se levantó y se acercó al oficial.

- ¡*Compay!* - Dijo acercándose sonriente mientras el oficial le recibía con el mismo arrebató.

Y con los brazos abiertos los dos se fundieron en un cálido abrazo bajo la atenta mirada de la joven que los contemplaba. Raúl sonrió realmente contento de ver a un verdadero amigo.

- Supongo que ya conoces a Zoraida, mi *hembrota* – dijo Raúl señalando a la joven.

Bibang le miró pasmado. Se quitó las gafas y con gran solemnidad saludó a la joven, mirándola intensamente a los ojos, tratando de ver más allá de aquel rostro hermoso y aquel olor agradable de perfume caro. La joven también le miró, pero en su mirada se dibujó una mezcla de presunción y cierto atisbo de rubor que no le permitía fijar los ojos mucho tiempo sobre el corpulento policia.

Avellaneda le ofreció asiento al oficial que se sentó frente a la pareja. Miró disimuladamente al par y no pudo evitar pensar en lo dispar del duplo, él un viejo decrepito que podría ser hasta su abuelo y ella una chica en

la flor de la vida. Sonrió para no hacer notar el hilo sombrío de sus opacos pensamientos.

- Y bien, Bibang, qué noticias me traes- dijo encendiendo un habano. Bibang miró a Zoraida y después a Bibang con complicidad. Raúl acarició la desnuda pierna de Zoraida.

- *Mija*, por qué no me esperas en el coche.

La joven se levantó lentamente, se arregló la falda, cogió su bolso de combinado color rojo y salió moviendo ambivalentemente los pechos ahogados por el sostén y las caderas bajo la atenta mirada de Bibang.

- ¿Oye esa no es Zoraida tu sirvienta? - preguntó Bibang segundos después de escuchar la puerta cerrarse.

Avellaneda asintió con complicidad.

- Si tú me la recomendaste hace un año. Tú no te acuerdas.

Bibang hizo un gesto como si tratara de recordar.

- ¡Ahh! Ahora caigo. ¡Guau! esa mujer es lo máximo. Con todos mis respetos, sin el uniforme se ve como un auténtico tren, pero qué ha sido de la otra mujer blanca, la de grandes pechos...

- Antonina - le ayudó el viejo mientras lanzaba humo por la boca.

- Esa misma, que hay de ella.

- Qué vaina, la voté amigo, estaba *machicá*. Mecansé de sus reclamos y niñerías, todo el día tocándome los timbales, que si esto que si aquello, que no paro en casa que lo uno que lo otro y dije basta. Yo nací pa ser libre y así quiero seguir viviendo, sin rendir cuenta a nadie, tengo mi dinero y la salud que no falte, ya sabes lo que dice la rumba.

Los dos se rieron de buena gana, Avellaneda le ofreció otro puro a su

acompañante que aceptó complacido. Lo encendió y después de verle apreciar tan estimado obsequio, Raúl prosiguió;

- Ahora me gustan las morenitas, las negritas me parecen mejores, te lo dan todo a cambio de unos cuantos billetes y sin compromiso la cosa, les echas un *palo* y te quedas así de pancho.

Bibang soltó un bufido y se atoró con el humo del tabaco que le hizo toser. Aquel comentario le pareció bastante jocosos y ofensivo, aunque sabía que no era ningún embuste, odiaba saber que muchas jóvenes guineanas ofrecían su cuerpo a hombres ricos a cambio de ciertos privilegios en su mayoría económicos.

- Dime Bibang qué noticias me traes, qué hay de Rocu- apuntó Raúl cambiando de tema y arrellanándose en su sillón.

El oficial apagó el tabaco y lo depositó en el cenicero, desabrochó un botón de su saco. Se puso cómodo y su voz adquirió un tono más serio.

- Esono quiere saberlo todo sobre Rocu, se está tomando muy en serio el caso y quiere llegar hasta la raíz del asunto y temo que descubra cosas del pasado.

El latinoamericano escuchaba al oficial mientras fumaba musicalmente su tabaco, parecía imposible disfrutando del miedo de su interlocutor, después de una pausa a la que dedicó esparcir el humo en la sala anunció con voz queda:

- *Pa la pinga*, El viejo ese no es problema, puedo sacarle del juego si me apetece, además puedes estar tranquilo, ya me ocupé de borrar todo lo que nos puede relacionar con el asunto de Rocu.

El oficial depositó el cigarro en el cenizal. Se levantó algo intranquilo.

- En todo caso, no puedo estar tranquilo, el ministro nos ha enviado a una detective americana y temo que pueda descubrir algo.

Raúl se frotó la barbilla, inquieto y algo sorprendido por la noticia.

- Así que una *gringa* ¿Ehh? - sonrió mostrando una dentadura totalmente blanca- tendremos que pararle los pies a esa *Yuma* ¿no crees?

El oficial le lanzó una mirada alarmante.

- No querrás que la neutralicemos- gritó casi alterado.

Avellaneda soltó una carcajada y le dio una larga calada a su tabaco casi apagado.

- De donde yo provengo he aprendido que un hombre debe luchar contra la adversidad y defender sus intereses contra viento y marea, pero no me refiero a eso, al menos no ahora, me refiero a que debemos dejarla en cuarentena, darla pistas falsas para hacerla perder el tiempo, mientras tú, mi querido amigo buscas a Rocu y me lo traes. ya sabes que siempre pago bien a mis socios y tú y yo siempre hemos hecho buenos negocios, además tú conociste a Rocu, nadie hay mejor que tú para dar con él. Ya sabes que está en juego esos billetes que me birló, ahora que está fuera, quiero acabar con eso de una vez por todas y recuperar mi dinero.

El oficial se frotó las manos en vista de un buen negocio. Y sabía a qué se refería con “acabar con eso de una vez por todas”.

- Necesitaré un adelanto para los gastos de logística y puesta en marcha, ya sabes. Poca cosa.

Raúl se arrellanó en su sillón sonriente, seguía siendo el mismo Bi-bangde siempre, pendiente del dinero, huraño y despilfarrador. En cierta manera se identificaba con aquel negro de complejión robusta; los dos

eran hombres de pocas consideraciones a los que les perdía el dinero y las mujeres, capaces de cualquier cosa por conseguir las dos, aunque siempre preferían el dinero antes que las mujeres, ya que lo primero siempre atrae a lo último.

- Eso no es ningún problema- cortó en seco- lo importante es que debes ser discreto, no quiero que pase lo mismo que hace un año, no quiero verme implicado en nada ilegal.

LA GRAN VELADA

El reloj marcaba las doce y cuarto de la medianoche cuando Carlos y Sebas llegaron hasta el bar alquilado para la celebración de la fiesta. Desde fuera se podía escuchar el sonido de la música desafiando y atravesando los sólidos muros del local.

Los dos jóvenes iban muy elegantes, Carlos con un Polo rojo y vaqueros de un tono añil y Sebas con una camisa blanca a rayas y un pantalón pitillo igual de blanco.

El hostel Glamour era alquilado asiduamente para celebrar fiestas de gala; bautizos, bodas, aniversarios; era un lugar muy conocido ya que se encontraba en plena ciudad y ofrecía muchas ventajas por su espaciosidad y porque además de ofrecer el local incluía servicio de catering.

La quietud del lugar hacía que la música sonase aún más fuerte. El contraste entre la bulliciosa puerta del bar atestado de gente y las calles silenciosas y vacías lo hacía aún más emocionante. Había un grupillo de jóvenes obstruidos en la puerta, unos intentando entrar y otros tratando de salir y huir del calor reinante en el interior del local. Sebas le hizo un gesto a Carlos y después de tantos empujones, perdones y por favores lograron entrar.

En el interior, las luces alternas y el elevado volumen hacían más apasionante y prometedora la noche. La sala estaba atestada de gente- en su mayoría jóvenes- que bailaban ensimismados, ajenos a todo lo que ocurría alrededor, unos solos y otros más afortunados o menos inhibidos en compañía del sexo opuesto, demostraban su habilidad rítmica.

Sebastián y Carlos se acercaron a la barra donde pidieron una cerveza. Sebas bebió con avidez su lata mientras Carlos, menos experto, le daba cortos sorbos, después pidieron otra y otra... Con los ánimos efervescentes y menos comedidos a causa del alcohol ingerido y aún más motivados por las chicas bonitas que bailaban sin compañía en la pista, los dos jóvenes empezaron a disfrutar de la fiesta. Sebas se acercó a una jovencita alta ataviada con una falda rosa y con buen ritmo le agarró la cintura, la jovencita pareció sobresaltarse, pero después aceptó la invitación bailando con más voluntad. Carlos no se sentía con la suficiente valentía como para seguir el ejemplo de su valiente amigo o quizás no había bebido lo suficiente, después de dudarle un instante, se dirigió a la barra y consumió otra cerveza.

El cúmulo de personas hacía que el aire tuviese un olor un poco pestífero por el sudor acumulado de la gente y el alcohol, Carlos decidió salir a respirar algo de aire puro y refrescarse un poco. Al salir, sintió el aire fresco de la madrugada recorrer su espina dorsal.

Fuera ya casi amanecía. Sobre el ceniciento cielo habían desaparecido las estrellas, consultó su reloj, marcaban las tres y cuarto. Un grupo de jóvenes se había reunido apoyándose sobre un lujoso Hummer amarillo bebiendo de una botella de Tres Cepas que pasaba de mano en mano; parecían conversar animado mientras uno de ellos liaba un porro. Sus voces ahogadas y sus risas llegaban hasta Carlos que los miraba distraída.

Se disponía a marcharse cuando al mirar atrás, le llamó la atención la silueta de una muchacha que parecía desesperada manejando el móvil. La belleza de aquella Venus pareció parar el espacio-tiempo. Tal vez era por el efecto del alcohol bebido o del aspecto irreal de la mañana, o simplemente esa nube etérea que envolvía aquel festejo, pero lo cierto, era que la figura

de aquella joven no le cabía en los ojos, ni en su realidad, ni en su imaginación, le estaba dejando sin aliento; incapaz de mover de moverse. Sus sentidos sólo obedecían al cuerpo enfundado en un vestido azul que gobernaba a pocos metros de distancia. Tenía el ondulante y abundante cabello desordenado, la tez sudorosa y la combinación pegada a la piel resaltando todos y cada uno de sus sinuosos salientes y sus profundas oquedades. El color dorado de su tersa piel contrastaba con su negra falda bajo la cual se alargaban sus finas y suaves piernas que hacían despertar la liviandad de Carlos.

Ese era su momento, no podía desperdiciarlo, se encontraba a sólo tres metros de aquella beldad que parecía caída del cielo. Carlos hizo aplomo de valor y después de vacilar un poco se llenó de arrojo y se acercó sutilmente a la joven que no parecía percatarse de su presencia.

- ¡Hola! - saludó con voz balbuceante

No hubo respuesta.

Carlos se sintió acongojado por la indiferencia de la chica, se quedó mudo un instante, estaba a punto de rendirse, pero insistió.

- Me llamo Carlos ¿y tú?

Silencio. Esta vez la joven le miró y Carlos pudo apreciar lo añil y lo penetrantes de sus ojos. La muchacha era de baja estatura, Carlos a pesar de no ser muy alto le sobrepasaba con varios centímetros de altura, se acercó un poco más a ella dispuesto a no darse por vencido hasta jugar todas sus cartas y estrategias de flirteo.

- Bueno sólo quería ayudarte, pero entiendo que rechazas la ayuda de un tipo tan feo como yo. No te juzgo, yo también lo haría.

Esta vez la joven le miró con detenimiento como analizando su físico y después sonrió disimuladamente, pero Carlos pudo percatarse de ello, cosa

que le dio ánimos para continuar.

- Como ya te dije antes, me llamo Carlos.

Carlos extendió la mano, la joven le miró durante un largo tiempo, dudando, al final la joven le saludó.

- ¿No te das por vencido nunca? - preguntó con voz frágil.

Carlos sonrió.

- Además de feo soy pesado.

Los dos sonrieron.

- Y... cómo se llama la señorita.

- Aida- respondió tajantemente mientras manoseaba otra vez el celular.

- ¿Bailamos?

La joven vaciló un instante.

- Ya tengo que irme. Es tarde.

Carlos la miró suplicante.

-En serio. Tengo que llamar a mi padre. Pero no sé qué le pasa a este móvil.

El la miró durante un rato cavilando una solución.

- Está bien, hagamos algo, te doy mi teléfono, llamas a tu papi y mientras viene, bailamos.

La joven accedió de buena gana, después de hacer la llamada, Carlos la cogió de la mano y juntos entraron en el bar. El número de gente había

disminuido considerablemente y el aire cargado era menos molesto y hediondo. En aquel instante se reproducía una música nigeriana (*Romantic de Korede bello*) que hizo gritar a la gente de júbilo y comenzar a bailar animadamente. Carlos asió a la joven de la cintura, sintiendo el contacto entre sus dedos y el estrecho cinto de Aida; empezó a moverse rítmicamente al compás de los movimientos de la chica. Estaba tan cerca de ella que podía sentirla respirar, la miraba fijamente, perdiendo a veces el ritmo del baile. Sintió que todo era irreal, su corazón empezaba a latir rápidamente, respiró hondo y al aspirar sintió el dulce aroma de su piel y el perfume de su ropa. Se pegó a ella, sintiendo el roce entre sus pectorales y las ubres de ella. Pudo ver a su amigo al fondo de la sala bailando abstraído con la misma jovencita alta. Aida se dio la vuelta y continuó bailando voluptuosamente, cada movimiento de sus caderas, sus brazos o su cuello trazaba un puente que se estiraba hasta desvanecerse. Él se puso detrás y el leve contacto entre su miembro y el posterior de la muchacha le electrizaba la piel, dando paso a la fogosidad, sentía endurecer su falo bajo el tieso pantalón vaquero, continuó bailando intentando ocultar su excitación.

Se sentía vulnerable ante la belleza de aquella mulata que le había cautivado, continuó bailando distraídamente hasta que, de repente, sintió que una mano ruda le agarraba por el brazo; se dio la vuelta y, en el mismo instante, recibía un certero golpe en la cara que le hizo perder el equilibrio y caer al suelo de bruces. Se quedó aturdido, viendo que el tipo que le golpeó, seguía mirándole desafiante, con un par de jóvenes tras él, mirándole con el mismo perfil provocativo.

- Qué haces con mi novia. ¡Idiota! - vociferó colérico.
- ¡¡Chávez!!- gritó la joven enfadada.
- Cállate Aida, esto no es contigo- dijo empujándola.

Aida casi pierde el equilibrio por el fuerte empujón. El tal Chávez era un tipo corpulento, bajo de estatura con los labios ennegrecidos que evidenciaban su vicio de fumador. Llevaba una camisa blanca muy apretada que resaltaba sus grandes pectorales y musculosos bíceps. Carlos lo recono-

ció de entre el grupillo de jóvenes que bebía y fumaba fuera.

Todos los que bailaban se aglutinaron expectantes alrededor de los dos contrincantes, algunos llevándose la mano a la cabeza y a la boca asombrados. Carlos se levantó intentando explicar algo, pero en este momento Chávez se acercaba otra vez con el mismo semblante bravucón; le lanzó un enérgico puño que Carlos pudo esquivar agachándose, y al mismo tiempo darle, una patada en el vientre y después, un puño en la zona malar, Chávez cayó al suelo, mientras los gritos al unísono de *Daalbeeg* de los espectadores acompañaban los golpes.

Los dos jóvenes que antes se situaban tras el agredido, al ver lo ocurrido, salieron al rescate, le agarraron a Carlos del brazo mientras éste forcejeaba inútilmente tratando de desprenderse de sus verdugos. Chávez hipaba en el suelo intentando recuperarse del golpe, después de unos segundos, se levantó aguantando su golpeado mentón, se miró la impecable camisa, estaba salpicada de sangre. Miró enfurecido a Carlos, listo a hacerle pagar cara su insolencia; buscó entre el suelo una botella de *San Miguel* y rompió la botella, los expectantes gritaron de horror al ver aquello, mantuvieron el aliento, otros cerraban los ojos cuando Chávez se disponía a herir a Carlos que miraba aterrado al atacante y forcejeaba más enérgicamente gritando, pero sus esfuerzos eran en vano. Chávez se acercaba lento y decidido, empuñando con fuerza el trozo punzante de botella, apuntando el vientre del muchacho, disfrutando del rostro de horror que se le había dibujado, ya se había acercado bastante, todos los allí presentes miraban con pavor sin que nadie se atreviera a detener al agresor, estaba a punto de asestar la puñalada, cuando se escuchó el sonido de una botella romperse y a Chávez soltar un grito alarmante y retorcerse en el suelo, sujetándose la cabeza y gritando de dolor, mientras Sebas que le miraba sujetaba el otro pedazo restante de la botella de Castel medio rota, y desde el interior, gotas de cerveza espumosa caían al suelo, los dos verdugos al ver aquello, se prepararon a atacar al agresor de Chávez, soltaron a Carlos, y se disponían a agredir a Sebas, cuando la sirena de la policía hizo alterar a toda la gente del local. Carlos se acercó a Sebas y salieron corriendo por la puerta huyendo por

dirección sur mientras la sirena de la policía alteraba a la multitud, que corría hacia todas direcciones.

Fuera ya había amanecido y los rayos del sol les cegaba los ojos, corrieron sin parar hasta que el sonido de la sirena se apagaba, tragada por la lejanía; mientras se escondían en una esquina y con la lengua afuera descansaban de la larga carrera.

LARGA ESPERA

Llevaban allí desde la madrugada, el aire del interior del pequeño coche estaba cargado con el desagradable olor a nicotina, las sobras grasientas del desayuno y el hedor a licor. En el asiento de atrás estaba un hombre amerindio de aspecto pálido y abundante cabellera dormitando sobre el asiento, el tórrido ambiente del diminuto y sucio coche le hacía sudar profusamente; llevaba la blanca camisa sucia y desabrochada mostrando un pecho piloso y tatuado, de vez en cuando importunaba la vigilia con sus ruidosos ronquidos y sus oníricos balbuceos. Mitogo, quien se sentaba en el asiento delantero se frotó la cara con gesto perezoso, el ojo le ardía mucho por la somnolencia.

Le empezaba a cansar esta vigilancia absurda e inútil, sobre todo porque llevaba allí más de cuatro horas y no pasaba nadie por aquella desierta casa. Miró el reloj impaciente, su CASIO marcaba la 9.30 a estas horas podría estar en la cantina de mamá blanca que le debía 1000 francos, disfrutando de unas copitas de Esplendido o Tres Cepas y comiéndose unos buñuelos, sin embargo, estaba allí perdiendo el tiempo con aquel loco, en un coche pestífero con las piernas entumecidas y el vientre vacío, vigilando una casa que parecía abandonada. Empezaba realmente a inquietarse, se frotó la cara por enésima vez intentando serenarse y no rendirse al sueño. Lo único que le retenía allí y le colmaba de paciencia era la succulenta suma que le había prometido aquel chiflado si todo salía bien.

Le encontró en el bar la noche anterior cuando como siempre se tomaba lo que él llamaba el chupito de cada viernes. Estaba ya medio ebrio, a punto de marcharse con las ganas de seguir tragando, pero de no poder a falta de capital, cuando vio llegar a aquel individuo tan llamativo por el color de su piel y su aspecto empalidecido. Se presentó con una botella de licor y le propuso lo que era el negocio de su vida. Se frotó las manos al pensar en los 100.000 que obtendría sólo por vigilar una casa e informarle al indio de atrás de si alguien entraba o salía de ella o de cualquier cosa rara que ocurría alrededor de la morada. El único inconveniente que tenía era el aspecto sucio e ilegal que parecía presentar todo aquel asunto, no conocía el nombre de su acompañante, ni el objetivo de su misión y además, nadie ofrecía esa gran cantidad de dinero a otro solo por espiar una casa; pero no le dio mucha importancia al hilo de sus pensamientos, él se limitaría a hacer el trabajo y si después de finalizar el encargo aquel indio guaro se ponía tiquismiquis con la paga, él tenía un afilado cuchillo en el bolsillo que le haría cambiar de idea y pagarle “ipso facto”. No permitiría que nadie le tomara el pelo y menos aquel cabezota de piel roja con pelo de caballo. Continuó imaginando el uso que le daría a esta ingente cantidad de dinero.

Estuvo reflexionando durante varios minutos, hasta que la figura de un hombre que se acercaba, le llamó la atención. Le siguió animado, con la mirada hasta que éste se detuvo frente al portal de la casa que le habían mandado vigilar, con prontitud le zarandó al indio de la parte trasera y le señaló silenciosamente al hombre que todavía permanecía frente a la puerta. El indio se incorporó perezosamente y pareció reconocer al sujeto que en estos momentos tocaba el timbre porque inmediatamente después de verle se agachó y le hizo gesto a su compañero para que hiciera otro tanto. Asomó la cabeza un minuto después y vio que el sujeto salía del cercado de la casa y se paraba en la carretera mirando a uno y a otro lado y después se colocaba la gafas y hacia mutis por la izquierda. Después de verle perderse por la esquina del fondo.

- Oye, quién era este hombre.

El indio se frotó la cara con aire impaciente.

- Se llama Bibang, un policía jodido, más vendido que una rata- dijo con remarcado acento latino- ahora no hagas tantas preguntas y continúa vigilando, no vaya a ser que se nos escape algo.

Mitogo se acomodó en el sillón y continuó con la vigía, analizando el panorama que mostraba la solitaria calle.

Las nubes negras se habían despejado haciendo que el sol brillara aún más fuerte, calentando el pavimento, la sensación de calor en el interior del vehículo había aumentado considerablemente. Se desabrochó y remangó la camisa, después bebió un sorbo de la botella de Kensington que había en la guantera; lo que vio después le hizo derramar el licor sobre su cuerpo y con extremada rapidez volvió a zarandear al dormilón de atrás que se despertó aún más holgazán por el sueño profundo en el que se había sumido. Mitogo le señaló la puerta del cerco, en ella dos jóvenes se disponían a entrar en la casa mientras conversaban animadamente. El indio pareció alcanzar la lucidez repentinamente, con extremada habilidad sacó del cinto un revolver y lo cargó bajo la atenta y aterrada mirada de Mitogo, después alcanzó un pañuelo e introdujo algunas gotas de un líquido soporífero de olor fuerte que extrajo de la guantera del coche.

- Quédate en el coche y mantenlo en marcha- ordenó mientras se bajaba del automóvil.

El indio caminó con paso decidido hacia los dos jóvenes que no se percataron de su presencia hasta que se puso frente a ellos.

- Hola-saludó con voz afable- por favor. Mi amigo y yo necesitamos algo de ayuda para empujar mi cacharro, ¿nos ayudáis?

Carlos miró a Sebas, éste asintió y los dos se acercaron a la parte trasera, dispuestos a empujar el cachivache cuando el indio, quien se había

colocado tras el par de jóvenes, apretó el pañuelo en la nariz de Carlos que forcejeaba inútilmente. El grito de sorpresa del joven alertó a Sebas que, al voltear, se quedó pasmado al ver que aquel hombre le estaba apuntando la sien con el revólver y que los ojos de su amigo se entornaban, señal de que el sedante empezaba a surtir efecto.

- ¡¡Qué haces, loco!!- gritó Sebas desesperado.
- ¡Sshh! ¡Cállate si no quieres morir! - gritó amenazando con el arma.

Carlos se desplomó desmayado en los brazos de su verdugo bajo los efectos del letárgico líquido, El indio caminó lentamente hacia la parte delantera del coche, cargando con el peso de Carlos sin dejar de apuntar a Sebas, abrió la puerta y empujó en el interior a Carlos, después corrió apresuradamente y se internó en el asiento de copiloto al mismo tiempo que el conductor pisaba el acelerador y se alejaba rauda y veloz dejando una rastro de humo y a Sebas quien no dejaba de mirar el fondo de la carretera por donde había desaparecido el Vehículo. Se sentó preocupado en la acera sin saber qué hacer, tenía que buscar ayuda. Se levantó decidido ya sabía lo que iba a hacer, primero llamaría a la madre de Carlos.

PROBLEMAS DE COORDINACIÓN

Eran las seis y media, Ávila continuaba durmiendo plácidamente después de una noche agitada con los amigos cuando el estridente sonido de su teléfono le despertó; su cara arrugada era el fiel reflejo de su molestia y su resaca, cogió el teléfono de la mesita sin apenas levantarse de la cama, y lo miró, en la pantalla aparecía un número desconocido, estaba a punto de colgar la llamada, pero lo pensó mejor y pulsó la tecla de recibo.

- Quién es- preguntó con voz somnolienta mientras se frotaba los ojos, visiblemente molesto.

- *Soy la agente Fox, necesito reunirme contigo para empezar con la investigación.* - escuchó la voz de la estadounidense con su peculiar acento inglés.

Ávila miró su reloj y después se desesperó.

- ¿No puede esperar una hora? Aún estoy en la cama y son las... ¡Seis!
- gritó al consultar su reloj.

- *Le doy veinte minutos, estoy esperándole en el hotel Hilton, habitación 12* – cortó tajante la misma voz. Ávila estaba a punto de protestar cuando escuchó el sonido de cuelgue.

Se bajó malhumorado de la cama. En el estómago sentía la tormentosa resaca, los ojos cadavéricos por trasnochar, apenas podían abrirse del todo. Maldecía su condición de bracero de todos. No le daba tiempo de cepillarse ni bañarse así que se puso rápidamente los pantalones.

Empezaba a detestar a aquella prepotente y obsesiva mujer con ínfulas de superioridad. Desde luego, no estaba dispuesto a dejarse manipular y menos por una chica, por muy americana y detective que fuera. Se colocó rápidamente las botas y se vistió la camisa de uniforme mientras salía de la desordenada habitación. La casa estaba a oscuras. Silenciosa y tórrida por el calor acumulado y por pequeña, tan pequeña que más que casa parecía una habitación que se había tabicado para maqueta en dos diminutos habitáculos: una habitación y una sala de estar; salió perezosamente de la vivienda. Fuera, el panorama de las calles se presentaba misántropo y vacío a excepción de un conjunto de jóvenes medio embriagados que parecían volver de una larga y etílica velada. El pavimento estaba medio humedecido por el rocío y el gélido viento del alba. Ávila se metió en su desvencijado Toyota sumido en un ligero sopor, los ojos parecían cerrarse solos y el cálido clima del automóvil, hizo que lentamente sus sentidos se aletargaran, dando paso a un tímido sueño.

Otra vez el sonido de su móvil le hizo despertar, pero esta vez era la melodía de despertador la que sonaba, Ávila abrió perplejo los ojos y estaba a punto de cerrarlos otra vez cuando miró alrededor y se dio cuenta de su falta de responsabilidad. Miró alarmado el reloj, las 7.30. Puso rápidamente en marcha el coche rumbo a la ciudad de Malabo II, donde se encontraba

el lujoso hotel Hilton. Gracias al fluido tráfico pudo llegar quince minutos después. Aparcó su cacharro junto a otros lujosos y flamantes vehículos que permanecían frente a la fachada. Se alegró de identificar entre la veintena de coches el CRYSLER de la despampanante estadounidense, señal inequívoca de que se encontraba dentro. Se adentró en el ostentoso lobby con paso apresurado y sin más dilaciones subió las escaleras contando las habitaciones hasta que llegó a la 12, apretó el timbre y esperó pacientemente. Un ruido extraño le hizo saber que dentro de la habitación había actividad, pero nadie parecía responder ni hacer caso a su llamada. Estuvo a punto de apretar otra vez el timbre cuando escuchó el ruido sordo de un vidrio que se rompía dentro, acompañado de unos gritos. Se preguntó alarmado por si no se había equivocado de habitación, pero el rótulo encuadrado en la puerta le sacaba de su duda, en efecto, aquella era la habitación 12, miró alrededor vacilante. El estrepitoso chillido prolongado de una voz femenina le hizo buscar instintivamente su pistola, pero la funda estaba vacía, vaciló un instante antes de abrir la puerta que no cedía por estar cerrada herméticamente, la empujó repetidas veces. El mismo grito de auxilio volvió a sus oídos y le hizo sacudir a golpes desenfrenados la puerta hasta que dentro se hizo el silencio y después de dos minutos que a Ávila se le antojó eterno, se abrió violentamente la puerta y por ella apareció un hombre menudo con expresión molesta dibujada en el rostro. Desafiante y furioso, la camisa remangada y arrugada, la corbata desajustada y la cremallera de la bragueta bajada y detrás el bulto de la bragueta que delataba su erección, era el mismo alcaide, quien buscaba al intruso que osaba interrumpirle.

- ¡¡Que quieres!!- chilló

Ávila se bloqueó por la actitud desafiante del señor, después contestó con voz medrosa y palpitante.

- He venido a ver a la señorita Fox, soy...

- Ya sé quién es...-le cortó en seco

La expresión del rostro del Director General cambió, vaciló un instante al mismo tiempo que miraba perplejo el interior, después se adentró en el

habitáculo, silencioso, cerrando tras de sí la puerta. Un minuto después regresaba, más arreglado y tranquilo, con la chaqueta en la mano, caminando mansamente. Cerró la puerta y se paró frente al policía mirándole desafiante durante segundos y con una mueca notoria de desprecio se fue silbando entre el pasillo.

Ávila siguió con la mirada su diminuta figura hasta verlo desaparecer en la esquina, suspiró largamente antes de entrar en la climatizada habitación.

Dentro reinaba el más absoluto orden, nada delataba el jaleo de unos minutos atrás, excepto los trozos de vidrio esparcidos por el suelo y la cama ligeramente desarreglada. Miró alrededor de la habitación buscando a la joven sin éxito hasta que escuchó sus sordos sollozos procedentes del baño situado a la izquierda. Ávila por primera vez sintió compasión por aquella mujer, mientras escuchaba los llantos, no podía dejar de sentir la creciente rabia y la impotencia que invadía su ser, odiaba a los hombres que tomaban a las mujeres a la fuerza, las violaciones, las vejaciones y los desprecios hacia las mujeres eran constantes en la sociedad machista en la que vivía. No sabía qué hacer, dudaba entre entrar en el baño o esperar a que ella se calmara, al final decidió lo último, continuó dando vueltas por la habitación, mientras el gemido amortiguado le afligía. Se acercó a la mesita de noche atraído por el montón de papeles que había encima, entre los cuales se encontraban los documentos personales de la americana y pudo leer sus datos, aunque torpemente porque todo estaba en inglés.

FOX JACKSON, Dafne. Nacida el 06 de octubre de 1984, Kansas, Alabama; Estado civil: casada

Continuó leyendo hasta que el chirrido de la puerta del baño abriéndose hizo que volteara y viera que la joven le miraba y constató que su mirada había perdido aquella nota de desprecio. ahora su mirada reflejaba agradecimiento. Estaba preciosa a pesar de tener el cabello desarreglado, el maquillaje y el rímel corrido a causa de las lágrimas, llevaba una camiseta blanca e impoluta muy apretada y un pantalón azul muy cortito.

Dafne se secó las lágrimas y se sentó al borde de la cama algo desairada y algo avergonzada, Ávila la miró condescendiente y compasivo. En la habitación se hizo un tenso silencio, Ávila se sacó el gorro policial y habló con voz queda:

- ¿Qué ha pasado?

La joven alzó el rostro y se levantó lentamente, Ávila sintió que había cometido una indiscreción, incomodándola haciendo recordar aquellos momentos, hasta que la misma contestó.

- Llamé al alcaide por teléfono en vista de que no acudías y le pedí más información acerca de Rocu porque el informe que me entregaste estaba con muchas deficiencias y él me propuso que nos viéramos en su casa, y cometí el error de pedirle que mejor nos viésemos aquí- su voz adquirió un tono más esporádico y tembloroso- él se presentó muy elegante. Yo le recibí y mientras conversábamos no dejaba de desnudarme con la mirada hasta que ¡oh...!

Volvió a estallar en sollozos, tapándose los ojos, avergonzada, Ávila impulsivamente la rodeó con un brazo, friccionándola suavemente el omóplato, agregando con voz cálida:

- Debes tener más cuidado, aquí los hombres son muy arrebatados y hay algunos que están acostumbrados a tratar a las mujeres como verdaderos juguetes. Sobre todo, si se trata de una mujer hermosa...

Ella le miró y él pudo advertir tras sus pupilas húmedas unos ojos penetrantes que le miraban agradecido.

- Gracias- dijo ella sinceramente, Ávila la miró extrañado por ese cambio.

Ella le abrazó rápidamente y él se asombró aún más, pero no por ello dejó de abrazarla y sentir la fricción de su cuerpo con el suyo.

DESPUÉS DE UNA ETERNIDAD

Volvió a mirar el reloj. Estaba sentada en la ría del río Magacín y frente a ella, se extendía el inmenso mar poblado por unos cuantos pescadores que faenaban, algunos con las redes y otros con los nilones, y en las orillas de la desembocadura una decena de pequeños se bañaban en las entremezcladas aguas de río y el mar. Faltaba menos de un cuarto de hora para las doce. Intentó matar el tiempo mirando los bravos embates de las olas y a los niños que se bañaban desnudos e impúdicos, pero estaba bastante nerviosa.

Nunca pensó que se sentiría tan ansiosa de verle, y menos en estas condiciones, siendo él un prófugo de la justicia y después de tanto tiempo. Pero era así, sentía deseos de verle, como si fuera ayer el día en que desapareció para no volver. Volvió a mirar el reloj con la misma avidez.

A pesar de que habían pasado más de cinco años desde su última estancia en Luba, todo parecía seguir igual, las mismas construcciones de arquitectura colonial, algunos abandonados, bañados al sol, tristes vestigios de épocas pasadas. A pesar de que había jurado no arreglarse para él no pudo evitar atusarse el cabello y aderezarse un poco antes de mirar otra vez el reloj con gesto impaciente, eran más de las doce, miró ansiosa alrededor sin reconocer a Santiago entre los transeúntes. Continuó con la espera, pasaron varios minutos, volvió a examinar la calle medio vacía sin lograr ver al buscado, se mordió los labios aterrada pensando que quizás algo malo le había ocurrido impidiéndole acudir al encuentro, quizás habían logrado dar con él y le habían apresado, intentó esperar, pero se sentía bastante cansada y nerviosa.

Era ya las doce y cuarto. Había esperado más de una hora y se disponía a marchar cuando casi se tropieza con un hombre uniformado, alto y robusto, ataviado con un sombrero y una barba que a todas luces se notaba que era postiza. Le miró a los ojos balbuciendo sendas excusas, pero se quedó pasmada al reconocer bajo la salvaje barba a Santiago Rocu. Él se

quitó la barba postiza y el sombrero, mostrando una abundante y descuidada cabellera. Los dos se miraron en silencio, examinando sus respectivos rasgos faciales. Ella vio que él no había cambiado mucho, aparte de que su color pajizo había menguado, estaba más moreno, con el cabello abundante, que hacía que su cabeza pareciera más grande y una hispida barba negra mancillada por unas ligeras canas que le daban un toque más seductor; los ojos conservaban aquel color marrón, pero del izquierdo vio resbalar una gota de lágrima, Roco estaba demasiado alegre y su emoción se traducían en las lágrimas que lentamente resbalaban de sus mejillas.

- Sigues estando igual de hermosa que cuando te conocí- dijo secándose los ojos.

Ella se ruborizó. Y segundos después se secaba ella también una lágrima traicionera que se escapaba de sus humedecidos ojos.

- Mentiroso- sonrió

Él también sonrió dejando entrever el hoyuelo de sus mejillas escondido entre la incipiente barba; esos hoyuelos que la habían enamorado y que todavía seguían cautivándola. Silvia no se pudo contener y se lanzó a sus brazos emocionada, ya no podía ocultarlo, seguía amándolo como la primera vez. Los dos se unieron en un fuerte abrazo, después de diecisiete años separados se volvían a ver y era como si el tiempo se parara de repente en aquel 1993 cuando los dos se besaban por primera vez en el mismo lugar. Sólo que ahora eran unos adultos y él era un fugitivo, nada podía cambiar este hecho.

Tres horas después los dos se encontraban en una pequeña y humilde cabaña, situada en un promontorio alejado de la efervescencia de la ciudad costera. Los dos estaban sentados frente a frente, ella con una taza de café y él mirándola, sonriente y exultante, ella le devolvió la sonrisa. Allí entre el calor sofocante de la tarde y bajo el manto del tragaluz, después de un par horas de sentir el roce de sus cuerpos bajo las sábanas, se hicieron muchas revelaciones. Él le contó todo lo que le había sucedido después de su

ruptura y de cómo había tenido que huir de un pasado que aborrecía, de cómo la justicia ciega se inclinaba a favor del dinero. Le contó que se sentía arrepentido por todos los errores que había cometido en el pasado:

- Fui recluso en la cárcel y el mismo Avellaneda se encargó de que yo no saliera. Se ensañó conmigo, no quiso matarme, quería que yo sufriera, que me torturaran cada día hasta que yo mismo deseara la muerte y me suicidara, y te juro que estuvo a punto de conseguirlo, varias veces pensé en suicidarme sin éxito. Tres meses estuve dentro de la celda de castigo, al borde de la locura, sufriendo todo tipo de torturas, maltratos y vejaciones, pero sobreviví, después de aquellos tres meses el señor Raúl pareció olvidarse de mí porque los guardas ya no me torturaban tanto como antes y el trato hacia mí pareció mejorar, reduciéndose a una ración de golpes cada mañana en vez de las cinco de antes y eso me dio esperanzas. Aunque sabía que sólo un milagro podía sacarme de allí. Unos meses después fue recluso el que después se convirtió en un gran amigo y alentador para mí. Adjaba me enseñó que debía tener fe en Dios, me entregó una biblia y me enseñó cómo interpretar la palabra de Dios. Al principio no le di bastante importancia, pero la soledad y el hastío pueden trastornar a una persona convirtiéndole en alguien diferente del que era antes. Tomé la biblia sin mucho ánimo, la abrí y mi mirada se concentró en un versículo, no recuerdo muy bien cual, sólo sé que decía algo así como: “*acude a mí, implórame y te liberaré*”. Entonces empecé a meditar sobre las palabras mencionadas anteriormente, acude a mí, y te liberaré, dándoles un sentido que jamás les había concedido, porque antes no tenía noción de lo que significaba esta frase, pues yo vivía preso, no solo físicamente, también espiritualmente, atrapado por la mentalidad moderna de codiciar y ambicionarlo todo. Dirigía mi mirada hacia atrás con horror al considerar mi vida pasada y ver lo grandes que habían sido mis pecados, mis fallos contigo y pedía a Dios que me librara del peso de mis culpas que impedían mi sosiego. Desde aquel momento empecé a leer la palabra de Dios, a meditar sobre las palabras que leía y les encontraba sentido. Antes yo era un verdadero impío que sentía aversión a todo lo relativo a la iglesia y la religión, pero mi condición de preso me hizo aferrar la fe como un náufrago a una tabla. Rezaba

cuatro veces al día y le pedía al señor en cada oración que cuidara de la única familia que me quedaba allí fuera, le pedía cada día que te protegiera a ti y a Carlos y que no corrierais la misma suerte que yo, mi fe hacia la providencia se iba afianzando cada día que sobrevivía en aquel matadero, donde cada día veía morir a uno de mis compañeros. Estuve dos meses más hasta que se me ocurrió el plan de fuga que gracias a Dios pudo salir bien. Y ahora quiero recuperar mi vida y mi familia.

Silvia lloraba con tanto sentimiento que le partía el alma a Rocu, le miró y su mirada se cargó de una mezcla de sentimientos, estaba orgullosa, emocionada y compasiva. Se acercó otra vez a él y le abrazó fuertemente, aquella historia la había conmovido enormemente haciendo crecer su afecto y su unión hacia él. Ahora sabía que no les había abandonado a conciencia que todo había sido una mala jugada del destino. Ella alzó el rostro con sus pestañas bañadas en lágrimas y luego con un gemido ahogado, su boca se adelantó encontrándose con las de él fundiéndose en uno solo. ¿Era imposible ser más feliz? Sonó el teléfono de Silvia, aquella llamada iba a eclipsar la felicidad que invadía su corazón.

EL ÚLTIMO CIGARRO

A estas horas de la tarde, cuando ya casi oscurecía y las luces de las farolas de la autovía Elá-Nguema alumbraban la casi solitaria carretera, un Renault pasaba aceleradamente dejando atrás el prominente edificio de Gepetrol, y las modernas construcciones de la nueva ciudad de Malabo II. Las luces de la pista dibujaban arabescos en la tapicería del coche, llegaron a una desviación viraba hacia el Barrio Paraíso, donde el coche se paraba en seco frente a un pequeño establecimiento en el cual las luces rojas de neón trazaban a modo de bienvenida, el nombre Red Light. El indio se apeó seguido de Mitogo que al bajar se aderezó la camisa. El indio abrió el maletero para comprobar que el joven seguía desmayado, sacó una jeringa del bolsillo y con la habilidad de quien ha estudiado de enfermería, le inyectó

una dosis en el brazo y después, los dos entraron al local.

El local era muy poco conocido por su exclusividad y fastuosidad; sólo frecuentado por eminencias del mundo político y personas de gran poder adquisitivo que podían permitirse pagar la compañía de las féminas. El interior era muy lujoso, embaldosado con dorados azulejos, la tenue e intermitente luz azul hacía difícil la visión. A esas horas prematuras, el local estaba casi vacío, sin nadie, a excepción de un par de jóvenes que bailaban frente a un amplio espejo, ligeras de ropa. La primera un poco alta, vestida con una blusa que dejaba al descubierto el voluptuoso vientre y el ombligo, la otra menos alta pero igual de sugestiva, vestida con una muy corta falda luciendo unas lubricadas y sensuales piernas.

El indio se sentó en una de las mesas, examinando el antro como quien busca a alguien, mientras Mitogo no dejaba de mirar a las jóvenes que habían detenido su bailoteo al advertir la presencia de los dos hombres que allí se habían presentado. Al rato, salió de la puerta que se abría a la derecha de la pista de baile una mujer muy hermosa con el cabello trenzado y la ropa ajustada al pecho, que al reconocer al indio se le cambió el rictus de la cara y se acercó con frunciendo el ceño con aire enojado.

- ¡Salvatore! ¿Qué haces aquí? - preguntó enojada.

El indio la miró con aire despreocupado y sonriendo. Mitogo la echó de ver y no pudo dejar de admirar su belleza, sobre todo no apartaba su vista de los senos ahogados por la ropa de la mujer.

- Hola Milca ¿Así es como tratas a tu ex novio? - replicó sonriente- necesito ver al primo. cuándo viene- preguntó.

La mujer miró enfurecida el reloj.

- A las ocho- respondió.

Se disponía a ir cuando el indio (Salvatore) le agarró del brazo.

- Quiero que me sirvas lo de siempre y... a mi amigo...

- Un Kensington- se apresuró a responder Mitogo, sonriente mientras se mojaba los labios secos.

La mujer volvió después de un minuto con una bandeja con el pedido, depositó la cerveza, y se disponía a verter el licor de la botella en el vaso cuando el indio la detuvo con un gesto de la mano.

- Deja la botella para mi amigo.

El joven se frotó las manos mientras miraba con el rabillo del ojo el ulterior de la camarera alejarse zigzagueante. Salvatore se acercó a Mitogo con familiaridad.

- ¿Oye, no te gustaría estar con una de esas muchachas? - preguntó señalando a las jovencitas que ya se habían sentado y conversaban sin dejar de mirar a los dos hombres. Mitogo asintió ávidamente mientras todo tipo de imágenes pasaban por su mente y hacían despertar su lujuria.

Salvatore le hizo un gesto a la joven alta que lucía ombligo para que se acercara, la joven no tardó en presentarse en la mesa. Salvatore le ofreció asiento junto al animado Mitogo.

- Este es mi amigo...Daniel- dijo señalando a Mitogo.

La joven se fijó en el peripuesto Mitogo y no pudo dejar de admirar su aspecto, se sentó sobre sus rodillas.

- ¿Así que eres Daniel? - preguntó con voz susurrante y sensual.

Mitogo asintió nervioso.

- ¿Te importa que te llame Dani?- continuó con la misma voz tenue y fogosa.

Mitogo movió negativamente la cabeza, sin dejar de mirar los labios pintados de la joven.

- Mi amigo- intervino el indio con aire alegre- es un insigne empresario que acaba de terminar un negocio y necesita divertirse un poco.

La joven sonrió mientras sus manos jugueteaban con la camisa de Mitogo, éste bebía un trago de su vaso para desinhibirse y miraba a su amigo que le sonreía con complicidad.

- ¿Bailas Dani? - la mano de la joven se deslizó lentamente desde el tórax hasta posarse en la zona umbilical.

Mitogo suspiró nervioso mientras sentía el trasero flácido de la joven moverse sobre sus piernas.

- Si... ¿si bailo? Claro que sí- respondió con voz medrosa.

La muchacha se levantó sensualmente, agarró la mano de Mitogo y juntos se fueron a la pista de baile, donde la joven se aferró al cuello de Mitogo y éste que se movía ridículamente, no dejaba de sonreír, sin duda aquello le agradaba. Salvatore los contemplaba gracioso desde su silla, miró el reloj, ya eran más de las ocho. Apuró su cerveza y se dirigió al mostrador, donde Milca colocaba las bebidas en el congelador.

- Oye ya son más de las ocho. Cuándo viene tu primo.

La mujer hizo un chasquido mirándole enojada.

- Mira, no quiero que me molestes, si sólo has venido aquí a buscar a Bibang, siéntate y espera.

El indio le miró complacido.

- No sólo he venido a esto- dijo acercándose a la hembra, pasando suavemente su mano sobre su cintura - también quiero saber cómo estas, no sabes cuánto extraño tu cuerpo, tu perfume- se acercó a su cuello aspirando el aroma.

- Pues no parece que me extrañes, llevas más de un mes sin visitarme- dijo haciendo un leve esfuerzo intentando zafarse de él.

Salvatore deslizó sus manos hasta posarlas sobre sus nalgas, la mujer suspiró nerviosa al sentir el contacto.

- Eso no significa que te haya olvidado, sigo queriéndote como el primer día mi negrita.

- ¿De verdad? - preguntó dejándose querer y manosear.

- Claro que sí, eres la chica más bonita de este país, por qué crees que te escogí.

La joven le miró azorada antes de replicar:

- Pero Bibang dice que eres un mujeriego y un irresponsable.

Se quedó en silencio un instante, después soltó una corta carcajada.

- Bibang es un loco, no me conoce. Yo te quiero. Porque no vamos a los cuartos de arriba - dijo mientras sobaba su cintura y agarraba su cuello.

Estuvo a punto de besarla cuando se vio interrumpido por la figura de alguien que los contemplaba desde la puerta. Era el mismo Bibang quien observaba colérico la escena. Se acercó lentamente sin dejar de mirar sonriente a la pareja que ya se había separado incómodamente; la joven volvió a sus faenas, atolondrada. Salvatore metió la mano en la pernera de su

pantalón y sacó un cigarro, lo encendió mientras veía aproximar al policía. Bibang se enfrentó a él desafiante, el indio parecía un enano frente al hercúleo policía.

- Veo que sigues intentando ligar a mi prima.

Salvatore permaneció impasible como si no hubiera escuchado las palabras de Bibang. Le dio una calada a su cigarro.

- Oye te he llamado para hablar de negocios. Por qué no nos atenemos a lo que realmente vale la pena y dejamos para después los... asuntos personales.

Bibang suspiró tratando de calmarse, después seguido del indio, se adentró por la puerta que se abría a la izquierda que daba a un pequeño pasillo, hasta meterse en un pequeño despacho donde los dos se acomodaron, el uno frente al otro, separados por una pequeña mesa. En la quietud del cuarto llegaban las apagadas risas femeninas y el rumor de la música.

- Bien, tú dirás.

El amerindio hizo una pausa para ponerse cómodo y cruzar las piernas.

- Dile a mi primo Avellaneda que tengo al hijo de Rocu.

Bibang se sorprendió.

- ¿Qué dices?

Salvatore le dio una calada a su ya casi consumido cigarro.

- Está en mi coche.

Salvatore sonrió pícaramente sin dejar a mirar a Bibang.

- No creo que a Raúl le interese.

El indio se levantó, dándole otra calada a su cigarro.

- Siempre has sido muy bueno Bibang, en serio, sólo que te ha faltado un poco de inteligencia. Si Avellaneda tiene al hijo de Rocu puede atraerle y saldar de una vez por todas la deuda de los 50 millones ¿no crees?

El comentario de Salvatore pareció ofenderle, se le cambió el rictus de cara. Empezaba a cansarse de la actitud petulante de aquel indio que le miraba siempre por encima del hombro, quién se creía que era.

- Dile a Avellaneda que necesito un millón por el trabajito y que me devuelva los tres que me debe- dijo mientras echaba la colilla consumida del cigarro al suelo.

Bibang suspiró mirando de reojo al indio mientras se levantaba y sacaba el móvil. Salvatore se arrellanó en el sillón, siempre con su peculiar sonrisa.

- Oye, tu prima sigue estando igual de buena- dijo después de un largo silbido mientras miraba de reojo la barra- es como un frágil caramelo y me gustaría sorberlo...otra vez

Suspiró con aire bucólico.

- Cómo me gustaría repetir aquel momento en que la tuve en mis brazos, y cómo se movía y gritaba de placerla muy fogosa.

Bibang, presa de la ira creciente se levantó y hábilmente le asestó un certero e inesperado golpe en la mejilla que le hizo perder el equilibrio y caerse de bruces al suelo, el indio se agarró la dolida boca ahogando un grito. Escupió el coágulo de sangre que se acumulaba en su boca.

- ¿Qué te pasa, estás loco? - dijo abriendo desmesuradamente los ojos.

Bibang le agarro por el cuello de la camisa, el indio intentaba forcejear sin mucho éxito, nada podía hacer frente al corpulento policía. Bibang le propinó una patada en el vientre, Salvatore soltó otro grito de dolor, mientras se aguantaba el vientre y salía del cuarto inclinado por el daño, buscando la salida. Bibang salió tras él con el arma en la mano y éste al verse perseguido, apretó el paso hasta llegar al bar, donde cruzó el mostrador y agarró a Milca del cuello apuntándola la cerviz con el sacacorchos que recogió previamente sobre el mostrador. La gente al advertir que Bibang llevaba un arma salía disparada del local mientras proferían sendos gritos de horror. Bibang al ver la escena se detuvo absorto. Salvatore sonreía mostrando unos dientes rojos, llenos de sangre.

- Mira lo que hago con tu adorada hermana.

Salvatore apretó el sacacorchos contra la yugular de la joven haciéndola gritar agónicamente, Bibang corrió rápidamente al encuentro, el indio intentó huir dejando a la joven desplomada en el suelo cuando Bibang disparó, la bala salió proyectada con un fuerte estruendo e hizo blanco en la espalda del huidizo que cayó exánime justo en frente de la puerta, con los brazos abiertos hacia delante, haciendo rodar el sacacorchos.

Bibang se acercó a la joven que tiritaba en el suelo, el cuello manchado de sangre y los ojos desorbitados; desgarró un trozo de su camisa y con gran habilidad detuvo la hemorragia, mientras le susurraba ciertas excusas. Después se aproximó rabioso al cuerpo inerte de Salvatore, hurgó en el bolsillo y sacó unas llaves. Salió del bar después de llamar a una ambulancia.

El aire gélido de fuera pareció darle la bienvenida, abrió el maletero y allí estaba el joven, desmayado y sucio.

NUEVAS PISTAS

Llevaban trabajando toda la tarde. Consultando documentos, haciendo llamadas y revisando ficheros y ella le propuso hacer una ligera pausa, cosa que él aceptó de buena gana pues lo estaba necesitando desde hace rato. Estaba verdaderamente cansado. Aquella mujer parecía una máquina, trabajando con fervor y energía. Gracias a ella, habían acabado gran parte del trabajo.

El escritorio permanecía lleno de documentos y la climatizada habitación hacía más confortable y trivial el trabajo. Se habían bebido ya tres cervezas cada uno y Ávila sentía acrecentar cierta sensación de confianza entre los dos, algo que no le desagradaba en absoluto, pero estando frente a aquella sublime mujer le resultaba difícil trabajar, su mirada estaba proclive a desviarse del papel atraída por la inmensa elegancia y esbeltez que irradiaba en aquella mujer y más aún con lo sensual y deleitable que se veía con la pequeña camisa ajustada y el cortito pantalón que hacía resaltar su atractivo físico, sus piernas lubricadas y alargadas bajo la mesa de trabajo eran como un cielo visible pero intangible e inaccesible, ya que se sentía muy inferior, superado en creces por la inteligencia, la clase y el poder adquisitivo de aquella joven estadounidense.

La lujosa habitación desprendía un agradable olor gracias al ambientador y las luces medio apagadas le daban un toque fantástico a la amplia habitación. Después del incidente de horas atrás, Ávila pudo sentir que el trato entre los dos se hacía más amical y afable. Dafne abrió la nevera y sacó un par de cervezas. Seguía con la misma combinación seductiva y su larga y desordenada cabellera le daba un aspecto más indómito a su esbelta figura. La verdad es que a Ávila le empezaba a caer bien aquella mujer que antes se presentaba vanidosa y presumida pero no dejaba de sentirse incómodo por la actitud severa que ella tomaba respecto a los asuntos profesionales, seguía tratándole como un principiante y un lacayo que sólo servía para hacer recados. Se sentía algo humillado por el talante tan inflexible y desconsiderado con el que le trataba. No estaba acostumbrado a que le trata-

sen de ese modo y menos una mujer.

Ella escogió una y la abrió con gran destreza, él hizo lo mismo dándole un largo trago y aplacando la sed.

- A ver. veamos lo que tenemos en claro- Dijo ella secándose la boca con la mano - Sabemos que Rocu fue el jardinero y secretario de Raúl Avelleda y que fue acusado de robo.

El joven asintió siguiendo el hilo de su elucubración sin dejar de beber de su cerveza. Después soltó una carcajada.

- ¿Qué pasa? -preguntó sin entender la razón de sus carcajeos.

- Ayer cuando estaba investigando en la cárcel, los presos no dejaban de repetir que Rocu estaba loco, decían que por las noches no dejaba de repetir la palabra Mangifera indica y que era un redimido de Dios; ¿no te parece raro?

Dafne movió afirmativamente la cabeza.

- También existe una leyenda que dice que Rocu desvió una gran cantidad de dinero. Pero nunca se llegó a probar que fuera él porque nunca apareció tal caudal.

Dafne bebió un largo trago de su cerveza.

- Cómo es eso- preguntó Ávila contrariado.

Dafne se acomodó en su silla animada por la pregunta.

- La falta de este dinero fue la reclusión de Rocu.

Ávila consultó la gran cantidad de papeles que figuraban en el escritorio, después de una larga búsqueda pareció encontrar lo que indagaba.

- Aquí está- dijo triunfante- son cincuenta millones- expresó ahogando un lánguido grito al mencionar la ingente cantidad.

- Nadie sabe dónde está ese dinero- sentenció Dafne- Quizás la fuga de Rocu tenga mucho que ver con ese dinero fantasma.

Ávila escuchó atentamente, después se quedó absorto en sus pensamientos.

- Qué te pasa- inquirió Fox después de observarle.

La voz de la joven le sacó de sus pensamientos, él se levantó animado intentando recordar y buscando uno de los papeles que abarrotaban la mesa.

- Avellaneda ofreció una gran cantidad a quien diera información útil sobre el paradero de Rocu.

Hubo un silencio. Dafne esperó paciente hasta que Ávila prosiguió triunfal.

- Por lo tanto, no creo que sea una leyenda. Estoy seguro que el tema del dinero perdido es cierto.

Ella asintió.

- Si es así, ese tal Avellaneda tendrá que responder a unas cuantas preguntas. ¿No crees?

Ávila asintió con la cabeza. Después observó cómo ella apuraba su cerveza de un largo trago y él hizo lo mismo mirándola por el rabillo del ojo, contento de haber logrado dar un paso delante y de haberse mostrado un poco más perspicaz. Sentía ganas de demostrarla de qué era capaz.

- ¡Ahh! Me olvidaba- dijo haciendo un gesto brusco y derramando cerveza sobre su camisa.

La joven soltó una exclamación en inglés lamentando su falta de cuidado. La camisa blanca ahora transparente por estar mojada y pegada a su piel, hacía resaltar nítidamente sus senos bajo la húmeda camisa. Se levantó y sintió recorrer el chorro de cerveza bajo la camisa. Ávila no podía dejar de mirar con disimulo aquellos órganos glandulares perfectamente visibles desde su posición.

- Lo siento- dijo ella excusándose - tendré que cambiarme.

Sin ningún reparo ni inhibición la joven se sacó la mojada camisa quedándose únicamente con el sujetador, pero sólo aquella visión logró encandilar a Ávila que miraba atónito el espectáculo que se abría ante sus ojos incapaz de disimular su asombro.

MAL TRAGO

La familia Avellaneda disfrutaba de su acostumbrada cena dominical en la terraza del café kristania, desde la mesa se podía ver el prominente edificio de Getesa situado al fondo de la calle. Aquella parte de la ciudad presentaba un aspecto sosegado, casi desolador, muy impropio de aquellas horas vespertinas.

En la mesa se encontraba Zoraida, preciosa, con un traje azul y las pestañas ligeramente pintadas. Avellaneda, con su peculiar gala: la corbata blanca con rayas azules y el encanecido pelo muy peinado. Chávez se había sacado la gorra luciendo una vendada cabeza; comía ensimismado su plato de pollo al curry con arroz, mientras el plato de Aida permanecía intacto y su mente hacía un flashback volando hacia la noche anterior para rememorar el momento en que había bailado con aquel joven tan diferente a todos los que hasta ahora había conocido. El joven no era un adonis, pero debía reconocer que tampoco era deslucido, además, tenía una voz tan cálida y penetrante que le hacía aún más hermoso, pero lo más peculiar y seductor de él, no tenía nada que ver con su físico ni con su voz, sino que más bien era su forma de mirar, aquella manera penetrante de fijar la mirada que

tenía y aquellos ojos que parecían desnudar su alma hasta llegar al fondo de su corazón. En estos momentos en los que él la miraba ella sentía ser otra. Nunca le había pasado nada igual. En su ensimismamiento sintió que alguien le zarandeaba.

- Ehh? - preguntó confusa.

- ¿Decía que mañana es tu cumple, ya has pensado el regalo que quieres? - preguntó Zoraida.

- No. Me lo preguntas como si eres tú quien me lo va a comprar-respondió desafiante a Zoraida.

Raúl miró a la muchacha reprobador.

- Pídele disculpas a Zoraida- ordenó.

- ¡no! - cortó frescamente la joven y se levantó de la mesa.

Avellaneda la miró furioso durante unos instantes mientras se alejaba, después alargó su mano y agarró la de Zoraida que lloriqueaba, Chávez también se levantó, sintiéndose incomodo por la situación y cogiendo su sombrero, se fue tras ella después de disculparse.

- Nunca me va a aceptar. - dijo con la cabeza gacha y sollozando.

Avellaneda acercó su asiento y la abrazó.

- Claro que sí. Se siente algo arrinconada pero pronto madurará- se excusó mientras la acariciaba la mejilla.

El cubano se sacó el pañuelo del bolsillo y la miró lleno de ternura, ella era la única “novia” entre tantas que había logrado conquistar parte de su desabrido corazón. No sabía qué era lo inherente en ella que la hacía tan especial y diferente a las demás. No se podía negar su hermosura, pero muchas chicas hermosas habían pasado por su vida como un tren de camino, sin lograr despertar en él el más mínimo afecto ni sentimiento, las

veía como meros juguetes de alquiler, pero con ella era diferente, lo que empezó un mes atrás como una aventura empezaba a convertirse en algo serio y comprometido, pero no le desagradaba saberlo, todo lo contrario, se sentía bien en su compañía. Una vez más pensó que quizás era ya tiempo de dejar atrás aquella vida trivial y superficial de amoríos e idilios baratos, de mujeres que sólo le ofrecían su cuerpo y horas de sexo. Ahora necesitaba a una chica que, a más de compartir su cama, su cuerpo y las noches con él, también fuera capaz de compartir un sentimiento de amor, de ternura y si así fuera, ella sería la privilegiada mujer con quien quería volver a empezar.

La secó la lágrima que deslizaba por su maquillada mejilla, hasta que reconoció angustiado el coche de Bibang. Se acercaba aceleradamente desde la carretera de la compañía telefónica hasta aparcar junto al restaurante. Raúl se levantó de la mesa algo preocupado por la inesperada presencia del policía y fue al encontrarse con él.

- Qué te pasa pana, qué tú estás haciendo aquí. Te tengo dicho que no me busques a estas horas.

- Créeme que esto es importante - dijo sacándose las oscuras gafas.

Raúl le echó un vistazo a Zoraida, asegurándose de que seguía en la mesa, fuera del radio de escucha.

- Está bien, dime de qué se trata- anunció volviendo la vista hacia su interlocutor, interrumpiendo sus pensamientos.

Bibang le indicó que le siguiera, después abrió la puerta del maletero señalándole la figura del inmóvil joven.

- *Quién es ese Juan de los pantalones* y cómo se te ocurre traerlo aquí. ¿está muerto? - preguntó algo fastidiado. Mirando a los lados por si alguien les observaba.

- Es el hijo de Rocu y no está muerto- respondió

Raúl cerró rápidamente la puerta del maletero.

- Estás tú loco *Biban*, cómo se te ocurre presentarte a un lugar tan concurrido con un chico medio muerto en el maletero.

El oficial le miró enojado.

- Oye, me ha costado mucho trabajo capturarlo, pensé que quizás nos sería útil.

Raúl se llevó las manos a la frente, suspiró y prosiguió más calmadamente después de urdir un plan.

- Está bien, de momento llévalo al sótano de la casa y procura que no te vea nadie. Ya mañana buscaremos la forma de deshacernos de él. No te olvides de...

- Raúl, te estoy esperando- le interrumpió la voz lejana de Zoraida que se había acercado en vista de que él no llegaba.

- Dame un segundo mi negrita- pidió con voz dulce.

Raúl esperó a que Zoraida volviera a la mesa y prosiguió:

- lleva el coche a casa y espérame. Tememos mucho de qué hablar.

Y sin esperar ninguna objeción ni pregunta se volteó y con paso apresurado volvió a la mesa donde le esperaba impaciente Zoraida.

Antes de montar en el coche, Bibang les dirigió otra mirada, en estos momentos Raúl se volvía a sentar y cogía de la mano a Zoraida que le miraba sonriente. Al verla, Bibang volvió a pensar que estaba muy hermosa; en realidad, sabía que ella siempre estaba bonita, más aún cuando estaba desvestida, al observarla recordaba cada una de sus curvas. Su cinto era digno de ser portada de revista o de ser inmortalizado por las manos de un escultor o un pintor, pequeña y frágil, sus senos ligeramente prominentes, siempre en simetría con su cuerpo, y un ombligo profundo que parecía un oasis de placer en medio de su delgado abdomen, sin duda, su belleza era

natural, no tenía necesidad de ataviarse con nada, porque su hermosura no obedece a las ropas ni al maquillaje, ni a lujos y él lo sabía mejor que nadie, conocía cada palmo de su piel, sus cálidas piernas, aquellos labios carnosos y apetitosos que tantas veces había besado y acariciado y que ahora disfrutaba su jefe, cosa que le rabiaba a más no poder.

Cuando tres semanas atrás ella le dijo que ya no quería seguir con aquellos devaneos, con aquella relación venial sin compromiso, nunca pensó que la iba a extrañar tanto, ni que otro podía ocupar su lugar y mucho menos Avellaneda, siempre pensó que existía la posibilidad de recuperar su amor y de volver a empezar, de volcarse en ella, pero ahora todos sus castillos en el aire parecían desmoronarse sin arreglo por los embates del dinero y el lujo. Sabía desde el principio que su jefe trataría de cortejar a Zoraida pero siempre pensó que su amor por él era sólido, inquebrantable, pero no fue así y toda la culpa no era más que suya, él la llevó hasta la mansión Avellaneda, por eso mismo también la podía quitar, y lo iba a hacer, desde luego que sí, no iba a permitir que el jefe le reemplazara, por supuesto que no, ella le pertenecía, él la había hecho la mujer que ahora era, y ella le amaba, lo sabía, porque lo sentía en cada beso que antes se daban, cada mirada suya estaba cargada de cariño, de sentimiento y ternura, y por extraño que parecía, sentía que empezaba a amarla, porque no solo extrañaba los momentos tórridos de pasión en su cuarto después de cada paseo nocturno, no solo extrañaba los besos que se daban, si no que la extrañaba a ella, su sonrisa, aquel casi invisible lunar en la comisura de sus labios, su forma peculiar de sonreír, de mirar y un largo etcétera de detalles y nimiedades que parecían insignificantes, pero que definían y hacían distinta a Zoraida.

VERDAD DOLOROSA

Estaba muy contenta, faltaba media hora para el día de su cumpleaños y deseaba estar despierta para ver el nuevo día. Se sentía muy emocionada, ésta prometía ser la mejor fiesta que hasta ahora había tenido, aunque todas eran rimbombantes, había algo que le aportaba un toque diferente a ésta, quizás porque se estaba haciendo mayor o porque pronto sería adulta,

el hecho era que se sentía excitada, así es que, después de vestir su pijama de color plateado, encendió su pequeño aparato de música y pulsó el botón del play, al rato sonó *si yo pudiera volar* de Joshua. Cogió muy emocionada su diario, tenía tantas cosas que escribir que no sabía por dónde empezar, los últimos acontecimientos acaecidos en su vida la habían marcado tanto que necesitaba inmortalizarlo en el papel.

Se sentó sobre la cama, repleta de cojines y muñecos de peluche, con los pies cruzados y el lápiz en la mano empezó a garabatear corazones y flores sobre el papel, ya que no encontraba inspiración para traducir sus ideas en palabras. Pensó en el regalo que le gustaría tener estas vacaciones, quizás un viaje a la mismísima cuba, ese era más que un regalo, un sueño, desde que era niña nunca había salido de su Guinea Ecuatorial, éste era su país natal y así lo consideraba, pero siempre había soñado con volver a la patria chica, como lo llamaba su padre. Según lo que le contó las pocas veces que había abordado el tema, ellos eran de la parte occidental de la isla, eran de la región de Matanzas. Siempre fantaseaba con volver a aquella isla exótica que le enamoraba cada vez más, sus bailes, su cultura, su fonética, siempre había querido hablar con este acento, con aquella entonación tan característica de la población cubana y era una pena no poder hablar de aquel modo, le gustaba tanto escuchar a su padre hablar con ese seseo, con esta pronunciación. Pensó que quizás podía pedirle a su padre aquel regalo para su cumpleaños así es que lo apuntó rápidamente.

Sin saber por qué, recordó otra vez a aquel muchacho y abrazó su libreta rememorando el momento en que sentía el roce de sus dos cuerpos, alguien como él sería el ideal, alguien que hiciera de la relación conyugal algo emocionante y ambivalentemente enternecedor, alguien que le hiciera suspirar de añoranza, que le hiciera contar los segundos restantes por volver a verle y no uno que la única forma que tiene de divertirse es yendo a las discotecas y fardando de amigos ricachos, coches y cadenas de *bling bling* como él lo llamaba.

El sonido de voces alteradas le hizo dejar sus tareas aparte, miró el reloj, faltaban quince minutos para las doce, se sorprendió por el tono litigante

de las voces, así es que se levantó alarmada, vistió sus chancletas y salió al pasillo, mientras avanzaba iba reconociendo cada timbre de voz que parecía provenir del recibidor al fondo del pasillo.

- *No quiero a este chamaco guardao en el Sótano, te dije que lo llevases a otro lugar. Deshazte de él ahora.* - reconoció la voz de su padre entre los susurros y se llevó las manos a la boca ahogando un grito, no podía comprender lo que escuchaban sus oídos.

- *Pero puede sernos útil-* era la penetrante y axiomática voz de Bibang.
- *Está bien. Pero Sácalo discretamente de allá.*

Aida no podía creer lo que escuchaban sus oídos. Dio media vuelta lentamente y se volvió turbadamente a su habitación, donde se tumbó en su cama. No podía ser cierto lo que acababa de escuchar, su padre no podía ser un secuestrador, no podía ser, estallo en sordos sollozos. En este momento muchas cosas parecían tomar sentido. Su fiel amistad con Bibang y otros policías, su vida misteriosa, esos encuentros a escondidas, las conversaciones telefónicas. Era un secreto a voces que los negocios de su padre no eran del todo legales, pero nunca pensó que llegaría tan lejos hasta tal punto de secuestrar a personas, estalló otra vez en sollozos.

No podía permitirlo, tendría que hacer algo para ayudar al desgraciado que según Bibang estaba en el sótano, su moral no le permitía estar tranquila, no iba a cometer el mismo error que su padre, dejar a aquel joven allí sería lo mismo que asesinarle y quedarse allí en su cuarto sin hacer nada sería participar indirectamente en el crimen y ella no era una criminal, tampoco iba a quedarse con las manos cruzadas.

Después de elucubrar un poco más sobre el tema, se levantó decidida, bajó lentamente las escaleras con temor de no hacer ningún tipo de ruido. Se fue hasta el sótano, la puerta estaba cerrada, pero por suerte tenía todas las llaves de la casa en su cuarto, subió rápidamente, abrió el cajón de ropas y bajo un panti rosa, se encontraba el gran manojito de llaves, volvió a bajar con prontitud las escaleras esta vez sin el cuidado de antes, descendió otra

vez al silo, abrió con mano temblorosa la puerta. El sonido del chirrido de la puerta pareció mugir toda la casa.

- Quién es- preguntó la voz temblorosa de Carlos sumido en la más absoluta oscuridad- no me hagas daño, por favor.

- Tranquilo. Vengo a sacarte de aquí- dijo Aida con voz sosegada, mirando hacia la dirección de la voz.

Aida tentó con la mano intentando encontrar el interruptor del oscuro sótano, al activarlo, la sala se llenó de luz y pudo ver la figura de Carlos atada a la silla, se apresuró a desatar los cabos que le ligaban. Aida miró titubeante la figura del joven.

- Te conozco- dijo frunciendo el ceño.

Carlos también reconoció a la muchacha.

- Yo también te conozco a ti.

Ella se quedó tan perpleja que no se dio cuenta de que había olvidado incluso el motivo por el que estaba allí. Carlos se levantó, se dio cuenta de que estaba mejor de lo que pensaba. Los dos se miraron un instante en silencio. Ella se percató de que él seguía con la misma ropa, aunque más sucia y desarreglada, el pelo más enmarañado y que a luz de la bombilla sus ojos parecían más penetrantes, se miraron un poco más hasta que un ruido proveniente del piso de arriba les puso en alerta, tenían que echar a correr si no querían ser sorprendidos.

- Vamos- ordenó Aida mientras asía de la mano a Carlos y enfilaba hacia la salida.

Juntos salían corriendo hasta el patio y tratando de evadir al portero se dirigieron hacia la puerta trasera donde con habilidad, Aida abrió la puerta y salieron presurosos de la mansión Avellaneda, Carlos menos rápido que

Aida por tener las piernas todavía yertas y por el cansancio y el hambre, huían calle abajo. Carlos no entendía de dónde había salido ella, tampoco le importaba mucho, lo importante era que ya no estaba en aquel zulo oscuro.

Las calles estaban completamente vacías, iluminadas únicamente con la luna llena, único astro fúlgido en el cielo que parecía guiarles. Seguían corriendo, dejando atrás la prominente mansión. A lo lejos, un gallo cacareaba un solitario canto. El reloj de Aida tintineó, eran las doce en punto, el cumpleaños de Aida.

¡¡TRAIDOR!!

Colgó el teléfono después de confirmar que la paciente era Milca, habría dicho cualquier cosa con tal de que aquella voz hilarante de la otra línea dejase de balbucear cosas que él ya no escuchaba por estar demasiado afectado por lo que le había pasado a aquella pobre mujer.

La carretera que conectaba el viejo barrio de fistown y el hospital se presentaba solitaria a aquellas horas, mientras su Toyota Hilux avanzaba rauda hacia un destino que lucía bastante difuso para su gusto; en realidad, todo aquel asunto que había comenzado con la fuga de la prisión no vaticinaba un buen final y el cúmulo de nubes negras que empezaba a formarse en el cielo no parecía refutar aquella conjetura.

Le había despertado el llanto disonante de su Motorola que amenazaba con seguir taladrándole el cerebro si no descolgaba de una vez; antes de hacerlo, consultó su reloj de pulsera y se crispó al constatar que apenas eran las seis de la mañana ¿Quién se atrevía a llamar a esas horas intempestivas? La llamada resultó ser de la Brigada Criminal que le notificaba sobre un homicidio que tuvo lugar en el Barrio de Paraíso.

El hospital de Malabo está situado al este de la ciudad muy próxima al barrio de Ela- Nguema consta de dos módulos, el primero es la sección de

Loeri Comba destinada a los usuarios del sistema de la seguridad social y el hospital regional propiamente dicho.

El oficial aparcó el coche ante la mirada furibunda de otro conductor que se encontraba tras él. Se internó en el pabellón. Fuera de ella pudo ver a un puñado de gente, entre ellos un joven minusválido rendido por el sueño sobre su silla, una mujer que parecía ansiosa y no dejaba de moverse de uno a otro lado señal de su desesperación y de su dolor.

Esono entró en la sección. Dentro, a pesar del arreglo, se seguía respirando el mismo aire de dolor y de fallecimiento propio de los hospitales. Esono caminaba de un lado a otro hurgando en las habitaciones esperando ver la figura de la ingresada. Al rato, un médico muy negro y muy alto vestido con la peculiar bata blanca le salió al paso. En su cuello pendía una trompetilla acústica.

- ¿Necesita algo? -preguntó mirándole por encima de sus lentes de aumento.

El oficial le miró algo exasperado.

- Necesito ver a una paciente ingresada ayer en esta sección.

- Lo siento. No es hora de visita, vuelva a las doce- reparó el doctor mostrándole la salida y esperando a que el viejo se fuera.

Esono suspiró impaciente.

- ¿Escucha, yo soy policía y necesito verme con la paciente en cuestión entiende?

El doctor examinó al achacoso. Después sonrió disimuladamente.

- Ya le he dicho que no puede entrar a estas horas, por favor, abandone la sala.

- Es que...
- Escuche viejo, no puede entrar y punto. ¿Entiende? - le cortó en seco.

Esono agarró por la bata al doctor y a pesar de superarle con varias cabezas de altura y muchos kilos de peso le empotró contra la pared. La gente que estaba por el pasillo miraba la escena sorprendidos por la violencia del anciano. Esono sacó con habilidad la pistola y le apuntó el vientre.

- Dígame donde está, ¡¡ahora!!- gritó colérico.
- Co...Co...cómo se llama- preguntó el doctor balbuceante.
- Milca. Fue ingresada ayer.
- Habitación 3- se apresuró a responder.

El oficial, le soltó la camisa y el doctor casi se cae al suelo, Esono volvió a enfundar el arma y se dirigió con paso apresurado hacia la habitación 3. Al localizarla pudo reconocer a Millca. tumbada sobre la cama, mientras que de su brazo subía un tubo conectado a un suero, y la nuca con un vendaje.

Había pasado tantos momentos con ella que no pudo evitar sentirse triste al verla en este estado, se acercó lentamente y pudo constatar que ella estaba despierta, ella le miró.

- ¿Estás bien? - preguntó débilmente en lengua vernácula fang.

La joven sonrió débilmente.

- Qué ha pasado ayer, quién te ha hecho esto.

Milca movió negativamente la cabeza, aterrada al recordar lo que pasó.

- Millca, respóndeme.

La joven abrió la boca lentamente y le contó entre hitos de dolor y agitación todo lo sucedido al comisario que escuchó concentrado y mara-

villado el insólito relato.

- No entiendo qué relación tiene Bibang con el tipo ese que te apuñaló-dijo después de que ella terminó la recitación.

- ¿No lo entiendes?, los dos trabajan para una misma persona.

- Cómo que para una persona. ¿Quién? - Esono la miró perplejo.

- Raúl Avellaneda. Él prometió una fortuna para cualquiera de los dos que consiguiera capturar a Rocu.

Esono no podía creer lo que estaba escuchando, se negaba a creerlo, cómo podía ser cierto que Bibang, que era un oficial tan fructífero y recatado y más que como un hermano para él pudiera estar inmiscuido en algo tan sucio y ruin como lo que estaba escuchando. Se sentó en el borde de la cama.

- Siempre has sido un iluso, incluso yo misma lo sabía. Bibang sabe más sobre Rocu de lo que tú te imaginas.

Esono la miró algo enfurecido, cómo había podido ser engañado de aquella manera. Se habían reído de él en sus propias narices y de la manera más vil y dolosa posible, y eso era algo que de ninguna manera iba a pasar por alto, tenía que hacer algo, sentía herido su amor propio y su orgullo. Poco a poco sentía crecer la cólera en su interior, se sentía dominado por el coraje, se levantó de súbito y caminó rápidamente.

- ¡¡¡Esono, qué vas a hacer!!!!- gritó la convalecida, intentando detener al comisario, éste no hizo caso y continuó camino hasta llegar fuera.

Fuera el sol matutino brillaba con ímpetu. Arrancó el coche y pisó el acelerador con una sola idea en la mente. Tenía que hacerle una visita al tal Avellaneda y saldar las cuentas, saber por qué tenía tanto interés en Rocu, no le iba a perdonar el que haya ofrecido recompensa por la cabeza del fugitivo. No podía tomarse la justicia por las manos. En qué país vivía, dónde estaba la ética profesional. De algo sí estaba seguro, iba a poner fin a todo

aquello, no sabía cómo, pero lo iba a hacer, aunque fuera lo último en su vida, odiaba a gente como Bibang o Avellaneda que anteponía el dinero a la vida de las personas, él ni nadie tenía derecho a decidir ni cobrarse la vida de nadie, era algo que no cabía en su cabeza, pero ahora entendía muchas cosas, ¡maldita sea! Golpeó el volante, ahora ya sabía cómo había logrado comprarse las dos casas del barrio buena esperanza, obviamente su sueldo de tres meses no alcanzaba siquiera para el adelanto de la hipoteca del banco, cómo no lo había pensado antes y esas constantes ausencias de su puesto de trabajo. ¡Traidor!

DÍA NEGRO

Avellaneda se levantó algo contento, era el cumpleaños de su adorada pequeña. Sin duda una fecha inolvidable para él, un día que siempre estaría en rojo en el calendario. Tenía ya claro el regalo que le haría para la ocasión, lo había pensado y discutido mucho con Zoraida hasta que lo había conseguido, iba a comprarla un coche, ya tenía escogido el catálogo, sólo faltaba comprarlo y embalarlo, cosa que se disponía a hacer, después de desayunar.

Nada podía arruinarle el día de hoy, estaba vestido igual de pulcro y elegante que siempre, chaqueta de color ceniciento y corbata azul a rayas. Se sirvió como siempre algo frugal para no subir el colesterol. Hacía un mes que padeció arteriosclerosis, por lo tanto, debía cuidarse y sobre todo comer sano; una tortilla con ensaladas acompañándolas con unas rebanadas de pan y un vaso de su querido daiquiri. Después, cogió uno de sus inseparables habanos y lo encendió. Se levantaba de la mesa con el mismo aire de júbilo cuando vio llegar a Bibang.

- Felicidades!! Hoy es el gran día.

Raúl asintió y sonrió alegremente, mientras expulsaba el humo del cigarro.

- Claro que sí, estoy contando los minutos. Y ahora ya puedes sacar al joven de allí abajo-miró el reloj- pronto bajará Aida y no quiero que lo vea.

El membrudo oficial se fue a cumplir las órdenes y al cabo de unos minutos y alterando la tranquilidad reinante regresó corriendo, jadeante y con el terror dibujado en los ojos.

- Oye qué te pasa- preguntó mirándole fijamente.
- No está- dijo secamente
- ¿Quién? - preguntó perplejo.
- El chico, no está en el sótano.
- ¡¡Qué!!- gritó alterado.

Salió corriendo de la cocina embalado seguido de Bibang, juntos llegaron hasta el sótano, dentro las cuerdas que antes sujetaban al joven estaban tendidas en el suelo.

- ¡¡Mierda!!
- Alguien debió ayudarlo a huir- investigó Bibang recogiendo las cuerdas del suelo.
- ¿Por qué lo dices? - preguntó él poniéndose igual de inquisitivo

Bibang señaló la puerta.

- Dejé la puerta cerrada y está claro que no pudo desatarse sólo, ni tampoco huir sin conocer la casa.

Avellaneda asintió aceptando la premisa de su amigo y después de unos segundos de cavilación, caminó rápida y decididamente hacia las escaleras, pasó de largo la cocina e irrumpió en la habitación de Zoraida. Al entrar, se quedó pasmado, la encontró desnuda saliendo del baño situado a la izquierda de la estancia. Estaba toda mojada, pudo apreciar lo estético de su cuerpo, las gotas de agua resbalando desde su pelo hasta pasar a acariciar sus agraciados senos, las curvas de su torso, lo apolíneo de su cuerpo y lo sensual y erótico de sus piernas. Avellaneda tragó saliva, algo inhibido

y avergonzado, olvidando el motivo de su presencia allí. Zoraida se tapó rápidamente con la toalla al advertir su presencia, ruborizada por el incidente.

- Qué pasa- preguntó algo incomoda.

Avellaneda negó abstraído con la cabeza y salió algo ruborizado de la habitación pensando en que nunca la había vestido desnuda, al menos no a la luz del día y haciendo honor a la verdad, era mucho más esbelta de lo que él se imaginaba, apartó sus eróticos pensamientos y caminó sobre sus pasos hasta reencontrarse con Bibang en el vestíbulo, donde se sentó pensativo, miró su reloj, marcaban ya las siete y media y Aida no bajaba de la habitación, iba a llegar tarde a la peluquería; entonces se dio cuenta, su corazón latió prontamente, ¡no podía ser cierto! Rogaba a Dios que no lo fuera, subió otra vez las escaleras con el miedo en el cuerpo, esta vez con paso muy apresurado, corrió hasta llegar a la recamara de la joven, tocó varias veces y en vista de que nadie respondía la abrió, Aida no estaba dentro, estaba vacío. Hurgó rápidamente en el cuarto de baño, no estaba, la música seguía sonando a un volumen casi imperceptible, sobre la cama pudo ver la libreta de Aida abierta de par en par lo cogió y bajó corriendo otra vez.

- ¡¡Biban!! ¡¡Biban!!- decía mientras se acercaba al policía.

- Qué pasa- preguntó alarmado por los gritos.

El cubano jadeaba incontroladamente, las venas de la cabeza parecían haberse aumentado, tenía el chaleco salpicado por el sudor y el cabello desarreglado por el ejercicio, se sacó malhumoradamente la corbata que parecía oprimirle la garganta y dificultar la respiración.

- Aida, no está, ¡¡maldita sea! - observó ahogando un grito y echando al suelo la corbata.

Bibang le miró sorprendido y algo acongojado.

- ¿Crees que haya ido con el chico ese? - preguntó débilmente.

Raúl le miró furioso con los ojos casi rojos de ira, se acercó lentamente a él.

- Tú tienes la culpa, no debías traer tú aquí a este muchacho ¡dime! *Ahora qué vaina hago- gritó- ¡¡maldito Biban!!*

El oficial le agarró el hombro.

- Cállese, la encontraré, no debe estar muy lejos- repuso con voz cordial.

- Más te vale, porque de lo contrario lo vas tú a pagar caro. Entiendes, qué esperas que no has empezado a buscarla maldito.

Bibang salió despedido del vestíbulo, Raúl le vio cruzar la puerta, recogió la corbata del suelo y se adentró en su escritorio preocupado por su suerte. Lo que prometía ser el mejor de los días, se iba empeorando cada vez más, necesitaba calmarse y pensar con sangre fría, abrió el anaquel y sacó una de sus botellas de vodka, lo compró para una ocasión especial y ahora lo necesitaba. Se sirvió un trago, el incoloro líquido atravesó su garganta como un torrente de fuego y le hizo increpar.

Tenía ya preparada una solemne fiesta, había invitado ya a todos sus amigos, gente importante e influyente, no podía permitirlo, llamó varias veces al móvil de Aida pero nada, marcó el número de su inseparable amigo el director general y le pidió de favor que mandara buscar a su hija; se sirvió otro trago y después se desplomó en el sillón, algo mareado, recogió la libreta de Aida sobre la mesa dispuesto a leerlo cuando escuchó un alboroto de voces que parecían provenir del pasillo y acercarse hasta su escritorio, se levantó preocupado y algo esperanzado pensando que tal vez era su hija quien había regresado, al rato irrumpió un hombre canoso en la sala seguido de un hombre alto y muy negro, Raúl le reconoció, era el portero de la casa.

- Jefe, este hombre viejo, *dice que querer verte-* dijo en su español pavoroso- *yo decidle no poder, pero él no hace caso.*

Raúl al reconocer a Esono le pidió a Mousa que regresara a sus quehaceres. El oficial se acercó desdeñoso a la mesa mirando fijamente a Raúl que le indicó una silla, el comisario miró la silla y se quedó de pie mirando igual de despectivo al cubano.

- No quiero sentarme. Sólo he venido a decirle que estoy enterrado de sus “negocios” y no piense que soy como Bibang, voy a hacer todo lo posible para acabar contigo- dijo apuntándole con el dedo.

- De qué vaina *tú me está* hablando- le preguntó realmente sorprendido.

- No te hagas el loco- dijo Esono echando el vaso de vodka al suelo y manchando los zapatos del cubano- te hablo de tus tratos con Bibang y de ese local de putas que tienes.

Raúl le miró enojado y después soltó una gran carcajada forzada.

- Tú no puede hacer ni pinga contra mí, *niche* viejo de mierda- Raúl se levantó algo furioso- por si no lo sabes con un solo pestañeo puedo hacer que pierdas este trabajo que tanto valoras, no sabes a quién te estás enfrentando.

Esono asintió.

- Claro que lo sé, eres un hijo de puta carroñero, que ha venido a hacer dinero aprovechándose de los demás, eres una mierda. - dijo ponderando la última palabra.

- Vas a pagar caro tu insolencia-advirtió amenazando con el dedo. Después se calmó y prosiguió- no sabes cuánto nos reíamos de ti, Bibang y yo,

siempre te has jactado de ser el mejor de los comisarios y has vivido toda una vida engañado como un *comemierda* por tu subalterno Bibang.

Esono le propinó un duro golpe en la boca a Raúl descargando así toda la rabia y el coraje que sentía, el cubano, quien no esperaba el golpe, cayó desequilibrado desplomándose en su sillón con la boca llena de sangre y los ojos mirando rabiosos.

- Eso es sólo un adelanto de lo que le voy a hacer- repuso Esono amenazador.

- Esto lo vas a pagar caro ¡negro de mierda!

Esono abandonó la sala sin hacer caso de las palabras del cubano. Raúl se levantó dificultosamente, la boca le dolía bastante, ¡maldito pamue! Pensó, iba a pagar aquel golpe con sangre, “todavía no sabe quién soy yo, Avellaneda siempre acaba por desagraciarse de sus enemigos y si no que se lo pregunten a Rocu” pensó, se miró la camisa, estaba salpicada de sangre, jadeaba y miraba furiosamente la puerta, como si todavía estuviese allí el comisario.

AIRE FRESCO

Nunca pensó que volvería a verla y mucho menos en aquellas circunstancias, en estos momentos creyó que realmente existía el destino y que las novelas rosas de María Gripe no eran meras historias fantásticas, ahora parecían adquirir sentido, los veía desde otra traza. Si alguien le hubiese contado lo que él había vivido los dos últimos días, seguro que se burlaría, pero era cierto, allí estaba, sentado en la cama de una pequeña casa de madera bien amueblada y pintada, dormitando mientras escuchaba sus pasos en la otra sala. Se levantó rápidamente, en el aire flotaba el peculiar olor de una suculenta comida proveniente del fondo, detrás de la puerta, donde seguramente estaba ella, sobre todo ella. Ahora no le importaba mucho haber pasado todo aquello, todo eso lo compensaba el hecho de poder

verla otra vez, escuchar su frágil voz, ver otra vez el color oscuro de su larga cabellera contrastando con lo añil de sus penetrantes ojos y el perfume de su piel que parecía embriagar sus sentidos y hacer imposible la lucidez.

Todo parecía tan irreal que no acababa de creerlo, no recordaba muy bien lo ocurrido después de la larga carrera que hicieron, le dolía las piernas y la espalda. Se estiró tan fuerte hasta que sintió crujir los cartílagos de sus piernas y la espina dorsal, desde fuera le llegaba el tenue ruido y varios pitidos de coches pasando a toda velocidad. Salió de la pequeña habitación siguiendo el olor de la comida y allí estaba ella con un pequeño delantal, una falda alargada y colorida y una camiseta verde, colocaba los panes y las tortillas sobre la mesa. Al verle en el umbral de la puerta se acercó a ayudarlo.

- ¿Estás bien? – preguntó con aire preocupado asiéndole la mano y ayudándole a sentar.

- Estoy bien- respondió mirándola- me duele un poco la espalda, pero estoy bien.

Él se sentó sobre la hosca silla y ella le ofreció su ración de desayuno. Carlos miró el apetitoso plato, no se sentía muy cómodo con ella al frente, sentía que algo iba mal.

- ¿Porqué lo has hecho? - curioseó mirándola fijamente.

Ella levantó la vista lentamente, al principio no dijo nada, parecía pensativa, después bebió un trago de agua y recordando el incidente de la noche anterior, le relató lo sucedido con voz distante y taciturna, mientras lo hacía, Carlos pudo ver en su rostro cierto aire de decepción, destemplanza e inseguridad, pudo percatar cierto deje de culpa en su voz, por una vez, cuando ella hablaba de su cumpleaños pensó que se echaría a llorar, pero no lo hizo.

Bajo aquel techo de zinc se hicieron muchas confidencias, Aida le re-

veló que fue ella quien llamó a la policía el día de la fiesta. Él sentía crecer un sentimiento de admiración y gratitud por ella, le debía la vida y eso era algo que nunca olvidaría, por otra parte, no podía evitar sentirse culpable, no sabía porqué, pero era así, quizás por lo mohíno de su mirada o el tono de tristeza con que le miraba. Se miraron en el letárgico silencio, después de sincerarse, Carlos sintió agrandar su hambre pues llevaba un día entero sin comer, devoró con ahínco los panes bajo la atenta mirada de Aida, que se sentía bien por haber preparado algo tan apetitoso.

- ¿Oye dónde estamos? - preguntó con la boca llena después de escuchar otra vez el tenue sonido del pitido un coche.

- En Semu, es una de las casas de Chávez.

Carlos se atragantó al escuchar el nombre.

- ¿El loco aquel de la otra noche? Aquel, que decía que es tu novio.

Aida asintió sonriendo.

- Si, y no es un loco, ni es mi novio- reveló algo sonrojada poniendo menos énfasis en la última frase.

- Pues por la forma en que se puso al vernos yo diría que estaba celoso. Me alegra que no sea tu novio, es muy posesivo, te trata como si fueses de su propiedad.

Aida le miró sonrojada, después se levantó torpemente, llevando el plato vacío a la cocina. Carlos dio una vuelta examinando el lugar, mientras Aida parecía preparar algo en el horno, al salir reconoció el barrio, efectivamente, se encontraban en Semu, más bien en San Valentín a un par de kilómetros del mercado, ahora se explicaba el constante ruido de los coches, a unos treinta metros estaba la carretera principal que trepaba hasta el Ministerio de Seguridad. Se preguntó cómo se encontraría su madre, seguro que en estos momentos estaría buscándole, pero estaba claro que no podía volver a su casa, los dos habían reflexionado ya sobre el tema y lo mejor que podía Carlos hacer era alejarse lo máximo posible de su casa, pero

extrañaba mucho a su madre y a Sebas que seguro que también estaría muy inquieto. Estos eran los pensamientos que pasaban por su mente mientras se metía otra vez dentro. Le llamó la atención unas fotos colocadas sobre el cristal de un armario, en la primera fotografía reconoció al tal Chávez rodeado de un montón de gente en la playa, en otra estaban Aida y Chávez acompañados de otros jóvenes en una discoteca, depositó las fotos en su lugar, abrió la vitrina, vio una radio, la encendió y al rato sonó una música rimbombante de ritmo moderado y compases palmarios que le hizo hacer una mueca de desagrado.

- ¡¡Menuda mierda!!- sentenció apagando el aparato y dejando la casa otra vez en el silencio, sólo estorbado por el sonido del aceite friéndose en la cocina.

Aida asomó la cabeza.

- ¿Por qué paras la música?

Carlos repitió la misma mueca de desagrado.

- ¿A eso le llamas música?, es una porquería.

- Oye eso es un chachachá, originaria de cuba. - dijo algo ofendida y encendió otra vez el aparato.

Otra vez el sonido de la música.

- Debería llamarse cha-ta-rra. Si ni siquiera se puede bailar.

- Claro que se puede bailar. - dijo ella sacándose el delantal.

- ¿Cómo? ¿saltando? ¿dando tumbos? - se burló.

- Así- dijo moviéndose al compás de la música.

Todo su cuerpo parecía vibrar siguiendo los tambores y las percusiones de la música creando así un espectáculo digno de ser filmado, pero el chachachá es un baile de más de uno así es que ella le agarró de la mano, algo impulsada por la música, Carlos se resistió, pero ante la insistencia de

la muchacha accedió, ella colocó las manos de Carlos sobre su cintura y ella puso las suyas sobre los hombros de Carlos, continuando con el baile, Carlos intentaba seguir su ritmo torpemente.

- Ahora, paso a la izquierda, atrás y vuelta- le dijo mientras le manejaba como si de un automóvil se tratara.

Poco a poco Carlos seguía las indicaciones de Aida hasta que sus pasos se hacían menos torpes y más habilidosos, sus piernas parecían adaptarse a los nuevos pasos rápidamente tanto que, para el asombro de Aida, era él quien poco a poco la controlaba, llevándola de izquierda a derecha, atrás y delante.

- Qué rápido aprendes- se asombró sin dejar de danzar.

- Es que soy un bailarín innato- bromeó.

Continuaron bailando hasta que la pieza de seis minutos se acabó, él la observó. Sudaba y respiraba aceleradamente, el pelo se le había humedecido y la camiseta también estaba algo húmeda, se llevó las manos a la cerviz recogiendo la larga cabellera.

- Debo admitir que no era tan horrible como parecía- dijo Carlos sonriendo y desplomándose en el sillón.

- Eres un payaso- sonrió igualmente admirando los hoyuelos de Carlos al sonreír.

Los dos se miraron en el silencio que dejó el vacío de la música; en aquellos momentos se escuchó el sonido de pasos que se acercaban, Carlos se asustó mirando aterrado a Aida que tenía el mismo rostro de desasosiego. Al poco rato asomó la amplia cara de Chávez por la puerta, aliviando los corazones y los temores de los dos jóvenes. Chávez entró rápidamente al ver a Aida y sin reparar en el otro muchacho se acercó a ella.

- ¡¡Aida!! Sabía que estarías aquí, tu padre me ha llamado preocupado preguntando por si sabía dónde te encontrabas, obviamente le dije que seguramente estabas aquí.

Aida le miró con aire displicente.

- Y para qué has venido, a asegurarte de que estaba aquí y después llamarle ¿no?

Chávez suspiró impacientemente, se dio la vuelta.

- Oye... - sus ojos se posaron en el bulto que había sobre la silla. - ¡¡quién es este!! Y qué hace en mi casa- preguntó furioso.

Carlos se levantó algo inhibido.

- Se llama Carlos. es mi novio- dijo ella colocándose al lado de él y agarrándole la cintura.

Carlos la miró entre sorprendido y halagado, Chávez la miró igual de extrañado.

- Cómo...cómo que tu novio, desde cuándo.

Se acercó al sujeto observándolo enojado y se enfureció aún más al reconocerlo.

- Eres tú- decía mientras le apuntaba con el dedo y le miraba atentamente- tú eres el del otro día- se remangó la camisa- ahora te las voy a cobrar todas.

Se acercó a Carlos con gesto desafiante, a punto de asestarle el golpe, Carlos también se acercó a él en posición de combate. Chávez le empujó, Carlos perdió el equilibrio y se desplomó en el sillón, se levantó rápidamente y empujó igualmente a Chávez, el impulso le hizo irse para atrás, después volvió y ahogando un grito de combate se abalanzó sobre el joven tumbándole en el suelo, Carlos se levantó rápidamente a tiempo de esquivar un puñetazo. Chávez parecía enajenado, sus ojos no se apartaban del muchacho, mirándole con una mueca de enfado y los ojos inyectados en

sangre. Aida se interpuso entre los dos cuando Chávez se aproximaba con los puños en posición de combate.

- Dejar de pelearos.

Chávez miró colérico al joven y después, se volvió mirando suplicante hacia Aida.

- Aida, vámonos de aquí, volvamos a casa, deja a este muerto de hambre aquí, hoy es tu cumpleaños, recuerdas.

Aida vaciló un rato, mirando titubeante a Carlos. Chávez le asió de la mano fuertemente, tomándola por sorpresa y empujándola hacia la puerta, Aida miró a Carlos en busca de ayuda e intentando apartar inútilmente su mano de la de Chávez.

- Déjame, No voy a ninguna parte. Me quedo aquí. - dijo forcejeando con el verdugo que ahora la estiraba hacia la puerta,

- ¡¡Déjala!!- gritó Carlos haciendo ademán de socorrerla.

Aida hizo un esfuerzo y empujó a Chávez, éste estuvo a punto de perder el equilibrio, Chávez la miró furioso, Aida se reunió con Carlos que le esperaba cerca el sillón. Ella le abrazó, él pasó su brazo por la nuca, protector, acariciando su larga cabellera, observando triunfante a Chávez que parecía despechado.

- ¿Prefieres irte con este desconocido que conmigo? - preguntó quisquilloso.

No hubo respuesta. Chávez miraba a la pareja rabioso sin saber qué hacer, después de unos segundos amenazó con el dedo.

- Me la vais a pagar- salió de la casa golpeando con fuerza la puerta.

Carlos y Aida se miraron en el cargado silencio que se hizo después de la disputa. Allí, bajo la tenue luz del salón, sus cuerpos rozándose y las miradas cruzadas, mirándose en la afonía, sintiendo el oprimido respiro y el etéreo latido de sus corazones, todo parecía desaparecer alrededor quedando solo los dos juntos flotando en el mar de sentimientos que acompañaba sus rápidos latidos. ella se zafó lentamente y antes de apartarse del todo él agarró su mano mansamente, ella le miró y entonces, como si de un film de época se tratara, él se acercó a ella lentamente, agarrando su cintura, ella le miraba sin decir nada, sabiendo de sus intenciones pero inexplicablemente incapaz de oponer resistencia, las palabras parecían sobrar en aquellos instantes, sentía su corazón latir junto al suyo y la fricción de su pecho, contra sus ubres aumentaba el ardor y la nota pasional, mientras se acercaba a sus blandos y rojizos labios, sentía aumentar el calor de su cuerpo y el temblor que parecía apoderarse de él, hasta que sus secos labios lentamente se rasparon, primero sólo un roce hasta que se juntaron fundiéndose en uno sintiendo la ardiente suavidad de sus gruesos labios y el cálido contacto de su cuerpo estremecido por las caricias, mientras se besaban, Carlos acariciaba sus largos y ondulantes cabellos, probando el aroma de sus labios entremezclada con la suave fragancia de su cabello.

El sonido lejano de varios coches acercándose les interrumpió, a pesar de la alteración, se separaron lentamente mirándose con ternura.

Aida salió fuera y comprobó con zozobra que sus temores eran ciertos. Era la policía.

- Están aquí- dijo Aida con voz frágil y temerosa- debemos irnos.

Carlos negó con la cabeza sin apartar la vista de ella.

- No puedo permitir que vengas conmigo.

Ella le miró confusa.

- ¿Por qué?

Carlos se acercó a ella tomando en sus manos su frágil cabeza.

- Es a mí a quien buscan, ya has hecho mucho por mí- dijo alejándose lentamente.

El sonido de los coches sonaba cada vez más próximo, ella se acercó rápidamente a él, se puso de puntillas y le plantó otro beso, el aroma de sus labios se mezcló con el sabor salado de una lágrima traicionera que huía de su ojo izquierdo hasta colarse entre sus labios.

- Espero que volvamos a vernos- dijo ella secándose la lagrima.

Él la abrazó y le acarició otra vez su larga cabellera, sintiendo que sería la última. Sonaron golpes en la puerta.

- Dalo por hecho.

Se sacó rápidamente la cadena de plata que colgaba en su pecho y se lo entregó.

- Para que te acuerdes de mí- Dijo mientras se alejaba sin dejar de mirarla- feliz cumpleaños.

Después se adentró en la habitación y salió corriendo hacia la carretera inmediatamente saltó por la ventana después de mirarla por última vez, allí en medio de la sala que parecía más pequeña y vacía, igual de vacío que su corazón al separarse de ella.

Carlos corrió sin descanso por las angostas carreteras de Semu; atajó por las calles del Parque de Alcaide y enfiló por caminos secundarios hasta salir otra vez en la autovía, más concretamente por el barrio llamado Porvenir II. No podía seguir corriendo, se sentó en la carretera, tenía que respirar

y coger fuerzas antes de que le diera un ataque. Hurgó entre los bolsillos y sacó lo que parecía ser su móvil, pero para su sorpresa era el teléfono de Aida. Por suerte no estaba codificado, marcó el número de su madre y le contó todo lo sucedido entre jadeos y sofocos.

Media hora después un Renault frenaba frenéticamente atrayendo las miradas de varios transeúntes. Del vehículo descendió su madre, seguido de Rocu, no le había visto desde hacía un año, pero allí estaba, su porte distinguido y altivo no había cambiado. No pudo evitar correr hacia él y abrazarle. Su padre le agarró de los brazos mientras le susurraba que ya no iba a sufrir más y que nada iba a separarles. Ahora sabía que todo iba a salir bien.

A SOLAS

Era ya las diez y media, Bibang llevaba buscando a Aida casi toda la mañana, recorriendo toda la ciudad de Malabo: visitando hoteles y hostales, ya se sentía mareado de tanto ir en coche, sobre todo porque no había desayunado en toda la mañana.

Se encontraba en la calle Abilio Balboa. Un local pequeño, feo, sucio, con mesas de formica. Una mujer entrada en carnes y en años se encontraba en el mostrador mirando un pequeño aparato de televisión.

El camarero se acercó a la mesa del oficial y éste pidió una cerveza Heineken, miró su reloj, se sentía muy nervioso, necesitaba calmarse, le aterraba pensar que quizás Zoraida no acudiese a la cita, “quizás no vio el SMS que le había enviado” pensó. imposible, volvió a mirar el reloj, ya debería haber llegado, suspiró mirando alrededor esperanzado, esperando verla llegar, intentado ver su rostro entre la gente que pasaba, le estremecía pensar que ella le dejaría plantado sin ninguna excusa ni respuesta, de ser así, entendería que ya no quería saber nada más de él y la dejaría en paz, pero no sería algo muy propio de Zoraida ni tampoco sería nada justo en

vista de todo lo que él había hecho por ella.

El camarero se acercó con su pedido, lo depositó en la mesa y abrió la botella. Bibang bebió un sorbo de su cerveza aliviando la sed que ya parecía escocer su garganta, tomó otro trago y sintió aplacar la tensión que parecía estorbarle. Vaciló un instante, dudando si hacía lo correcto citándose con Zoraida a escondidas y a espaldas de su jefe, pero apartó sus fluctuaciones con un chasquido. Desde que trabaja con Avellaneda nunca había codiciado nada suyo, siquiera su dinero, era verdad que hizo muchos trabajos sucios para él a cambio de conseguir unos ingresos extra, pero todo lo que Avellaneda le ofrecía siempre era proporcional a su trabajo, tampoco había deseado a ninguna de sus chicas y eso que le había visto con mujeres realmente despampanantes, pero esta vez se trataba de algo muy diferente, se trataba de su chica y no se iba a dar por vencido hasta que ella misma se lo pidiera.

Desde que se enteró de que Zoraida y Raúl estaban juntos nunca había tenido la oportunidad de hablar con ella a solas, ni siquiera había podido dirigirla dos frases seguidas, pero hoy lo haría, claro que sí, si no en este bar lo haría en la misma mansión Avellaneda; estaba harto de que ella le evadiera siempre por temor a las represalias de Raúl, harto de dañarse y rabiarse pensando en que él la tocaba, pensando que aquellos labios que antes fueron suyos ahora pertenecían a otro. Sintió el móvil vibrar desde su bolsillo, lo sacó algo irritado y molesto.

- Si- contestó

- *Dónde tú estás idiota, llevo buscándote toda la mañana*- tronó la voz de Avellaneda desde el teléfono.

- Dónde quieres que esté, cumpliendo tus órdenes- vociferó Bibang molesto.

- *Deja lo que tú estás haciendo, tenemos problemas con el comisario.*

- Esono? - preguntó sorprendido.

- *Sí. Lo ha descubierto todo. Vente rápido* - sentenció Raúl colgando el teléfono

- ¡Maldita sea! -maldijo.

¿Cómo pudo descubrirlo Esono?, Bibang bebió apresuradamente el resto de su cerveza, se levantó, sacó su billetera y pagó la cuenta. Estaba a punto de marcharse cuando escucho una voz familiar detrás de él.

- ¿Me vas a dejar aquí sola?

Se volvió sobrecogido, era Zoraida quien en estos momentos descendía de un taxi, la observó tiernamente mientras se acercaba. Por enésima vez volvía a estar hermosa con una blusa verde, muy ajustada resaltando sus curvas y sus oquedades, con una combinación negra la par de ajustados que hacían más prominentes sus nalgas, el largo cabello postizo recogido en un moño y en el bulbo de las orejas unos pequeños pendientes.

- Viniste- dijo sin dejar de mirarla algo embobado mientras una tímida sonrisa asomaba por su rostro

Se acercó rápidamente y la ofreció asiento, acercó su silla lo más próximo a ella posible, después agarro su mano, mirándola acaramelado sin saber realmente cómo empezar, había preparado un sinfín de cosas, pero ahora, viendo cómo ella le miraba fijamente todo parecía evaporarse, bloqueando sus pensamientos. Después de unos segundos de titubeo, hablo con voz queda, en fang para hacer más íntima la conversación.

- En... esos últimos días te he extrañado mucho. Me ha dolido bastante saberte querida por Raúl. Yo necesito que regreses a mi lado, que estemos juntos otra vez.

- ¿Para qué? - repuso ella- ¿para volver a estar como antes? ¿seguir con la vida de siempre? ¿sexo sin compromiso? -movió negativamente la cabeza- no quiero vivir así, Bibang, sin saber qué significa para ti, sin saber si soy tu novia o una simple aventura, yo quiero a alguien que le dé estabilidad a mi vida y esa persona es Raúl.

Bibang la miró suplicante y algo desalentado.

- Mira, te juro que si volvemos a estar juntos todo será diferente, sabes que eres importante para mí y yo sé que me quieres y si no es así dímelo.

Ella levantó la vista y en su rostro se perfiló la indecisión.

- Yo te quería de verdad, ahora no sé lo que significas para mí- dijo moviendo la cabeza de un lado a otro.

- No trates de ocultar tus sentimientos- dijo elevando la voz algo impaciente- te conozco muy bien, llevamos más de un año juntos y lo sé, sé que nunca podré serte indiferente- acarició su mano suavemente- lo sé por la manera en que me miras, por esa forma peculiar tuya de mirarme.

Zoraida apartó su mano suavemente, estaba levantándose, Bibang agarró su brazo.

- No me dejes solo Zoraida, no entiendes que, si te digo todo eso, si ahora te estoy suplicando que regreses es porque te extraño, que ya no puedo querer a nadie más, a cada una le trato de poner tu rostro; tu forma de ser. Siento que me he enamorado de ti.

Zoraida se sentó, fascinada por las confesiones de Bibang, sintió que su enojo para con él desaparecía lentamente cual humo que se disipa en el aire y que la impresión que tenía por él cambiaba, siempre soñó con este momento y ahora que veía a Bibang desnudándose emocionalmente sintió crecer su afecto y cariño hacia él, nunca pensó descubrir un lado tan sensible y tierno en el rudo y adusto policía que tanto amaba, se sentó otra vez lentamente, esta vez más dócil y susceptible. Le miró inquisitiva, Bibang le devolvió la mirada, pero algo más serio imprimiéndole formalidad a sus palabras, apoyando sus románticas y sinceras declaraciones con una leve caricia en las mejillas.

- Te juro que lo que te digo es cierto, es algo que nunca me ha ocurrido,

antes pensaba que iba a ser pasajero, pero cuando aquel día me enteré de que estabas con Raúl me enervé bastante, fue cuando me di cuenta de que te quería y que no podía seguir engañándome. Y... me propuse luchar por ti.

El agarró su mano otra vez, esta ocasión Zoraida parecía embelesada, mirándole entre atontada y cariñosa.

- Vuelve conmigo y te juro que todo será diferente, podremos tener una familia estable, vivir juntos y tener pequeños Bibanguitos y Zoraiditas.

Ella sonrió y él no dejaba de mirar divertido el lunar que tanto le gustaba situado en la comisura superior de su labio, muy visible por falta de pintalabios, después de la risa, el rostro de Zoraida se volvió sombrío.

- A ti no te puedo engañar, también te quiero, siempre lo he hecho, por eso decidí terminar contigo, odiaba que solo compartieses conmigo una cama y no un sentimiento.

Bibang acarició sus mejillas suavemente, ella le miraba complacida, dejándose querer.

- Todo esto se acabó, te juro que a partir de ahora estaré más pendiente de ti.

Los dos sonrieron mirándose en el silencio, pero el rostro de Zoraida se volvió sombrío y mustio.

- Qué te pasa- preguntó Bibang poniéndose serio.

- Qué pasará con Raúl, no sabría cómo decirle esto y tampoco me gustaría que se enterara que estoy contigo si lo hace creo que es capaz de...

- Sshh- dijo Bibang tranquilamente- no te preocupes, de él me encargo yo y lo haré lo más pronto posible porque no soporto que te toque, que

estés tan cerca de él.

Zoraida suspiró con la misma expresión angustiada.

- Pero él podría hacerte daño.

Bibang suspiró nervioso, sabiendo del carácter vengativo de Raúl.

- Ese es un riesgo que tendremos que correr.

Zoraida movió negativamente la cabeza.

- Avellaneda es muy peligroso además de poderoso. Por qué no lo dejamos así, para qué exponer nuestras vidas.

Bibang hizo un gesto rotundamente negativo con la cabeza.

- ¡No! - gritó- no pienso compartirte con ese viejo fastidioso, tú eres mía ¿escuchas?

Y diciendo aquello, la agarró de la mano, ella se dejó acariciar complacida, pero de su rostro no se había borrado aquella expresión de preocupación.

- Todo va a salir bien- dijo él con una sonrisa, tratando de borrar la sombría expresión de su rostro.

Pero ella sabía que no iba a ser tan fácil como él se lo imaginaba, cualquier leve sospecha de aquel idilio que tuviera Raúl bastaría para desatar su ira y ella sabía muy bien cómo se las gastaba el cubano, le había visto ensañarse con mucha gente y en especial con los ladrones que pretendían robar una semana atrás en la mansión y esa era solo una prueba de hasta dónde era capaz de llegar Avellaneda.

CASO CERRADO

Esono conducía aceleradamente en dirección norte hacia la comisaría, su coche, un Toyota Hilux pintado del azul distintivo del cuerpo policial, tenía una avería en la marcha y cuando apretaba el acelerador lo hacía resonar y rugir más de la cuenta. Pasaba desenfrenadamente por la Avenida Hassan II, dejando atrás la Universidad. Los viandantes miraban alarmados, primero, por el ruido y después por la velocidad que llevaba el deteriorado vehículo.

Golpeó otra vez el volante al pensar en Bibang. Él era la constante en una ecuación llena de variables, ahora sabía que no es más que una marioneta; un ser ávido de dinero y de notoriedad, esa falsa notoriedad que da la televisión y la vida llena de lujos y esa avidez le llevó a escoger la vía más rápida, le hizo delinquir y le llevar una doble vida. Era esa duplicidad era lo que más le molestaba; pensar que habían compartido tantas cosas, él era como el hijo que nunca tuvo; le había preparado física y mentalmente para ocupar su puesto. Cuántas noches no habían trasnochado en el Bar fénix; bebiendo hasta perder el conocimiento, ya sea por celebrar un triunfo o por pura delectación; haciéndose confianzas animados por los efectos del alcohol.

Saltó el semáforo al llegar al cruce de Getesa de los Ángeles, después el de la Calle Mongomo, pasó por el antiguo ayuntamiento, actualmente en fase de remodelación. Un frenazo seco le detuvo frente la comisaría.

Bajó del vehículo igual de rápido y malhumorado. En el portal se encontró con un gran bullicio entre un policía y un detenido que parecía ser de origen extranjero, No se detuvo por mucho tiempo. Necesitaba encontrarse con su superior, el director general y darle parte de todo lo que había descubierto en el día de hoy, y después tendría que verse con Bibang y terminar de desquitarse.

La verdad es que después de la visita al cubano y del revés que le pro-

pinó se sentía mucho mejor, siempre había sido un tipo manso y calmado, pero ahora descubría que no solo era rencoroso si no también vengativo y no le molestaba, más bien le encantaba saber que no se dejaba burlar por nadie y este sólo era el principio, iba a dismantelar toda esa red de corrupción.

Subió las pocas escaleras del pórtico y se adentró en su despacho, dentro estaba el mismísimo director general, un hombre lampiño, de poco menos de cincuenta años, su exceso de peso le daba cierto porte de hombre ingenuo y bonachón, aunque aquella apariencia nada tenía que ver con la realidad. Su físico estaba subrayado con unas estrambóticas lentes de alta graduación que estarían mejor en un anticuario que sobre sus ojos, pero lo más remarcado de él y por lo que más se le reconocía (y burlaba)era su dificultad al andar; debido a ello (las burlas), su trato para con los demás se reducía a lo estrictamente profesional.

El director estaba sentado en su mesa y se estaba fumando los preciados cigarros Benson que el comisario guardaba en el cajón de la cómoda. Eso no se cuadró al notar la presencia de su superior.

- Dónde estabas- preguntó poniéndose en pie y acercándose al comisario- llevo esperándote más de media hora.

Eson se asombró por la naturaleza de la pregunta.

- Estuve trabajando en el caso, Bibang y...

El director le interrumpió con un movimiento de sus dedos. Le hizo un gesto ofreciéndole asiento.

- De eso mismo quería hablarte- hizo una pausa, parecía buscar la manera de proceder- mira Eson, eres un hombre de buenos principios y créeme que te admiro mucho, por eso me es difícil decirte esto, pero nosotros y sobre todo yo, me debo a mi trabajo y he recibido órdenes estrictas,

órdenes superiores de traspasar el caso.

Esono hizo ademán de protestar, pero el comisario le detuvo otra vez.

- Primero está lo de la joven americana que se queja de tu actitud para con ella y además de eso, me han llegado protestas de tu vicio con el alcohol. Dicen que bebes y a veces llegas borracho a tu puesto de trabajo.

El oficial se levantó con arrojo. Ofendido por los comentarios de su superior.

- ¡¡ Eso es mentira!!- gritó perdiendo la compostura.

El director le miró con gesto reprobador. El comisario se disculpó y retomó su asiento y su aire dócil.

- Te relevo del caso.

Hizo una pausa antes de continuar con tono desconsolado :

- Entiende que son decisiones de arriba y no tengo más remedio que cumplirlas, tú más que nadie sabes cómo funciona esto- dijo dándole una palmadita en el hombro y dirigiéndose dificultosamente (a causa de la cojera) a la salida- tómalo como unas vacaciones, las necesitas, no tienes buena cara y... seamos sinceros, ya no estás para estos trotes.

Ya casi tras la puerta agregó :

- ¡¡Ahh!! en media hora quiero vacío el despacho.

El comisario ya no parecía escuchar, miraba con nostalgia el despacho que había ocupado durante más de quince años y que ahora tenía que desocupar.

Desde que falleció su esposa se había volcado en su trabajo, lo dio todo por su oficio y en más de un lustro de veteranía no había pasado de ser más que un simple comisario, mientras otros más afortunados como el director llegaban, y con menos esfuerzo escalaban la espinosa montaña del prestigio, alcanzando puestos mucho más altos en poco menos tiempo. En qué país vivía, por qué no le valoraban a él que tenía muchas más aptitudes, estaba mejor preparado y llevaba más tiempo en el cuerpo. Sentía que la rabia y el coraje que antes sentía se convertía en una miscelánea combinación de desesperación, rabia e impotencia.

Cogió su caja de cigarro dispuesto a fumarse uno para aplacar su coraje y relajarse, pero la caja estaba vacía. El director lo había fumado todo, suspiró rabioso. Se sentó en el sillón que parecía estar hecho a su medida y miró su departamento por última vez. En la pared estaban colgados sus títulos y algunas condecoraciones y al lado, la foto de su difunta esposa enmarcada en un radiante marco.

Se levantó, y con mucha aprehensión y melancolía recogió algunas de sus pertenencias, el uniforme que casi nunca vestía, los ficheros de asuntos personales. De repente le asaltó una idea antes de irse, tenía que hablar con el director sobre lo de Bibang y Avellaneda. Claro que lo haría, no tenía tiempo que perder. Se dirigió al despacho de su superior con paso apresurado, temiendo no encontrar al ilocalizable directivo. Encontró la puerta entrecerrada. Dentro, se escuchaba la voz del director que parecía hablar animadamente por teléfono. Estuvo a punto de entrar, pero se detuvo con temor a no cometer una indiscreción.

- Señor Raúl, ya le dije que no se preocupe, Esono no le causará más problemas- Escuchó la voz del director decir entre sonrisas.

El corazón le dio un vuelco, ahora lo entendía todo, estaba bastante claro. ¿Cómo no se le ocurrió pensarlo antes? El director era otra de las marionetas del maldito cubano, a saber, cuántos más estaban metidos en aquella peste. A dónde iban a parar si hasta el propio director de un cuerpo

de policía se dejaba comprar por favores o lo que es peor, por dinero. Eso no volvía a sentir crecer su rabia. Irrumpió en la oficina con paso acelerado y empujando la entreabierta puerta que se abrió con un fuerte chirrido. El director al verle acercarse le miró con perplejidad, asombrado por su celeridad y su descaro, sin entender el motivo de su irrupción. Esono le aferró con fuerza el cuello, el director profirió un grito de protesta, mirándole como un loco y dejando caer el auricular al suelo. Esono le empotró contra la pared y le propinó un puñetazo en el seboso vientre., el director se llevó la mano al abdomen, haciendo un rictus de dolor mientras de su boca salía un tenue y prolongado gemido de dolor.

- Con que órdenes de arriba, Ehh- le gritó el veterano policía.

- Es...espera Esono- dijo mostrándole la palma de la mano- espera... no, no, ¡¡noo!!- gritó lleno de terror al ver que el puño de Esono volvía a la carga.

Otro puñetazo. Esta vez en toda la cara. El revés hizo que su pringoso cuerpo perdiera el equilibrio y cayera de culo al suelo.

- Gente como tú y Bibang son los que merman el buen funcionamiento de esta institución.

El director se levantó dificultosamente, su chaqueta estaba salpicada de chispas de sangre. Se podía escuchar el ruido de su jadeante respiración entremezclada con los casi imperceptibles quejidos de dolor.

- Esono escucha...Por favor. -dijo en tono persuasivo.

Otro golpe en el estómago le hizo doblarse sobre sí mismo. Esta vez el grito de dolor fue muy enérgico, escandalizando toda la comisaría, atrayendo a un par de oficiales que llegaron corriendo y al ver la escena agarraron del brazo a Esono impidiendo que asestara al abatido director otro golpe.

- Esto lo vas a pagar- dijo el director secándose los labios manchados de

sangre e irguiéndose dificultosamente mientras con la otra mano sujetando el lastimado vientre- ¡¡estás fuera de este cuerpo!!

Esono no agregó nada, se fue haciendo un gesto ostensivo de desprecio, abriéndose paso entre la multitud de policías que se acumulaba en la puerta mirando y cuchicheando por lo bajo.

- ¡Te voy a meter en la cárcel! - escuchó ya en la puerta.

Camino sin mirar atrás. Fuera, el sol vespertino resplandecía con ímpetu tostándole la cara. Algunos policías le vieron meterse en su coche y conducir hacia la calle Nigeria. No sentía nada, su corazón latía apresuradamente. Sin duda alguna, éste era el peor día de su vida.

LA FIESTA

La soberbia mansión había sido decorada para la ocasión. La entrada estaba atestada de coches de todo tipo, lujosos en su mayoría, de los cuales salían hombres y mujeres peripuestos con sus mejores y solemnes trajes de gala. Hombres vestidos de pingüinos, pajaritas, fracs, sacos plateados, chaqués, corbatas lustrosas. Mujeres de gran apostura con vestiduras caras, abrigos de terciopelo, gargantillas en el cuello eran solo un pequeño ejemplo de los vestidos de etiqueta del exquisito género que acudía a la fiesta, desfilando por la gran alfombra y sonriendo a los flashes de los periodistas de la prensa rosa (*Malabosa, Somos Moda, etc.*) que cubrían toda la información sobre la gran efeméride. El parking del hotel estaba reservado para gente muy especial, por lo que los demás coches estaban obligados a aparcar en los costados de la carretera y en los bordes de la acera, formando así una larga fila de automóviles y dificultando tanto la circulación peatonal como la vehicular.

En el interior del patio, el vasto espacio del jardín fue arreglado para

acoger a las más de cien personas que esperaban acudir a la fiesta. Dos largas mesas estaban colocadas en el centro del jardín con sus respectivos manteles blancos e impolutos con cubiertos albosy vacíos frente a cada asiento. Los camareros, ataviados con sus perfilados e impecables uniformes blancos empezaban a desfilan con bandejas sirviendo copas a los primeros invitados. En un pequeño rincón los músicos contratados para la ocasión ensayaban las piezas a un volumen bajo, el baterista probaba los tambores y los platillos con las baquetas, mientras pianista, saxofonista y guitarristas reproducían fragmentos musicales, todo aquello bajo la atenta mirada de los ociosos que esperaban con ansias la llegada de la anfitriona quien como ya sabían, daría inicio a la fiesta.

Muy cerca del podio de los músicos se encontraba el lugar reservado para el baile y no muy lejos de allí estaba la piscina cuyas aguas permanecían claras y tranquilas, ajenas al alboroto que se armaba alrededor.

Después de más de media hora se oyeron los pitidos del flamante Audi que anunciaba la llegada de la gran anfitriona. El coche se detuvo en el portal al verse bloqueado por el gentío que se acumulaba en la entrada. El chófer descendió del coche y abrió la puerta trasera. Avellaneda bajó del coche disimulando una sonrisa y respondiendo a los aplausos y a las ovaciones de la gente que ahora se acumulaba alrededor del coche.

Raúl estaba impecable con su soberbia y ajustada chaqueta plateada y su corbata de remarcado color azul marino combinado con el pañuelo que colgaba de su bolsillo; llevaba el cabello muy bien peinado y alisado, nada que ver con la figura que presentaba en la tarde. Después de posar varias veces, el aplaudido cubano asió de la mano a Aida ayudándola a apearse del vehículo, yal salir ella del coche, los aplausos y las aclamaciones aumentaron considerablemente.

Aida estaba deslumbrante, luciendo un peinado muy llamativo que recogía su ahora alisada y muy negra cabellera en un moño, dejando al descubierto su alargado cuello adornado con el collar bañado en oro de

Carlos. El maquillaje le favorecía bastante, remarcando junto con la ropa lo añil de sus ojos, unos brillantes pendientes brillaban sobre los lóbulos de sus diminutas orejas. Engalanaba un ajustado vestido azul ceñido en la mitad por una cinta negra.

A pesar de las ovaciones que recibía y que aceptaba con una fingida sonrisa, en su rostro no dejaba de exhibirse aquél asomo de tristeza. Un grupo de jóvenes estratégicamente bien posicionados no dejaba de mirar y de echar piropos a la jovencita entre ellos Aida reconoció a Chávez, que al cruzarse su mirada con la de él, la lanzó un beso al aire.

Un hombre bajo que sujetaba una cámara fotográfica se acercó a la pareja y les retrató varias fotos. Los flashes iluminaron los rostros sonrientes de la familia Avellaneda y pocos segundos después se acercó el equipo de la televisión local, el primero iba muy bien trajeado y llevaba consigo un micrófono inalámbrico dispuesto a hacer una corta entrevista, detrás de él se encontraba el cámara enfocando a los dos anfitriones.

- Señor Avellaneda. Cómo se siente en un día tan afortunado como hoy- preguntó antes de apuntar el micrófono hacia el cubano.

Raúl se aclaró la voz antes de contestar.

- Yo creo que está de más decir que me siento feliz de poder estar aquí un año más, celebrando una fecha memorable como ésta.

Con la llegada de los anfitriones la fiesta pareció animarse. La gente empezaba a ocupar asientos. Sobre la plataforma, el locutor empezaba a presentar a los artistas y los bailarines bailaban al compás del ritmo de las canciones.

Avellaneda y Aida ocupaban mesas especiales apartadas del resto. A menudo sus conversaciones eran interrumpidas por la gente que se acercaba a felicitarles por la fiesta. Aida miraba alrededor, ya había conseguido

ver a varios de sus compañeros de clase y también había comprobado con cierta rabia que Chávez estaba con Sharon.

Una pareja disímil se acercó a la mesa de los Avellaneda. El hombre, un poco entrado en años, el rostro poblado de arrugas y el cabello algo avejentado. La mujer era mucho más joven que el hombre; vistos a primera vista cualquiera podría deducir que aquella bella muchacha estaba acompañando a su abuelo. Avellaneda al ver a la achacosa pareja se levantó abriendo los brazos.

- Eladio Asumu- advirtió abrazando al susodicho, sonriendo y dándole palmaditas en el hombro.

- Me alegro de verte- dijo el tal Eladio después de hacer las pertinentes presentaciones y quedarse los dos solos- gracias a usted hoy tengo un prestigioso puesto. Le debo una.

El cubano hizo un gesto restándole importancia al asunto.

- Sólo espero que cuando esté más arriba se acuerde de los verdaderos amigos.

El viejo asintió sonriente.

- Nunca me olvidaría de usted- dijo elevando su copa.

Los dos sonrieron de buena gana. Después el achacoso felicitó a Aida y se despidió tomando a su silenciosa acompañante y dirigiéndose hacia la pista de baile.

- Alegra un poco esta cara- dijo Raúl después de sentarse otra vez- sonríe un poco que es tu cumpleaños.

- ¿Eso es lo único que te importa noo? Sólo te importa mi cumpleaños porque temes quedar mal con tus “amigos” y con todos los hombres influyentes que has invitado.

Raúl se sorprendió al escuchar el tono avieso de Aida.

- Sabes que esto no es así. Que me importas tú. Desde que has sido un bebé he cuidado de ti. Sin la ayuda de tu madre y siempre he tratado de ser un padre ejemplar.

- ¿Ejemplar? - le cortó en seco Aida- secuestrar a un chico y dejarlo atado en el sótano ¿te parece un buen ejemplo? o estar cambiando seguidamente de novia.

Se levantó de la silla rápidamente. Atormentado por las duras represiones de su hija.

- ¡¡Nadie es perfecto!!- dijo. Aida pudo percatar un cambio de tono en su voz que se volvió más desesperada y vacilante- yo...he invertido casi todo por ti. Eres lo único que tengo y sé que tengo muchos defectos, pero soy tu padre y te quiero. Tú me conoces...

Aida movió negativamente la cabeza.

- Yo creía conocerte. Pero no sabía de lo que eres capaz.

Raúl volvía a acercarse a Aida. Ahora una tímida lágrima se deslizaba por sus pómulos.

- Escucha- dijo en un hilo de voz- yo no tenía nada que ver con el chamaco del sótano. Fue Bibang quien lo trajo aquí sin mi permiso. No sabía nada. Me puedes tachar de faldero y todo lo demás, pero no soy un secuestrador hija, créeme.

Avellaneda pudo fijarse en que las notas sombrías se disipaban de la cara de Aida y parecía mirarle con cierto aire compasivo. Raúl se acercó a ella sin dejar de gemir y los dos se fundieron en un gran abrazo.

- Te quiero hija. Por favor no me vuelvas a hacer esto que me muero.

Después del abrazo Aida le miró con cierto asomo de duda.

- ¿En serio no tuviste nada que ver?

Raúl se secó las lágrimas, se acercó a ella y le besó la frente.

- Claro que no *Mija*.

- Prométeme que no volverás a hacer nada igual- le pido después del beso.

Avellaneda sonrió al notar que su relación volvía al punto de equilibrio.

- Te lo prometo.

La conversación de la familia Avellaneda fue interrumpida por la figura de un Joven que se acercaba tímidamente acompañado de segunda persona, una mujer muy llamativa ataviada con una corta falda verde, una camisa blanca con rayas verdes y unos tacones altos, Avellaneda al reparar en la despampanante joven le pidió a Aida que se retirara. Después, sin reparar en el joven policía, se acercó a la mujer con cortesía y le tomó la mano.

- Avellaneda Sánchez, a sus pies - le besuqueó la frágil mano.

El joven oficial le mostró al cubano su credencial.

- Somos de la comisaría central señor. Necesitamos hacerle algunas preguntas.

Avellaneda no apartó la vista de la sonrojada oficial cuando agregó:

- Está bien. Puede pasar a la casa señora...

- Señorita Fox- puntualizó, enfatizando lo de "Señorita"

Avellaneda volvió a tomar su mano con acto protocolario.

- Perdone el descuido. Encantado- volvió a besuquear la mano de Dafne- adelante.

Avellaneda se adentró en su escritorio y ofreció asiento a sus visitantes sin dejar de mirar embelesado a la joven estadounidense que parecía haber despertado su liviandad. Sus ojos se posaban en cada una de sus curvas y oquedades, parecía examinar cada rasgo físico suyo.

- Ustedes dirán- dijo cruzando los dedos y apoyándose en el respaldo de su comfortable sillón.

Ávila carraspeó antes de hablar, se sentía rabioso por la actitud de Avellaneda respecto a Dafne y con su acompañante que parecía halagada con tanta galantería, tantas miraditas y tanto baboseo de manos.

- Necesitamos preguntarle acerca de Santiago Rocu.

El cubano pareció sobresaltado, las cejas parecían fruncidas y, por primera vez se fijó en Ávila. Después de unos segundos de silencio pareció relajarse y responder con sonrisa beatona, moviendo la cabeza de un lado a otro.

- No conozco a ningún...Rocu. - respondió secamente encogiéndose los hombros.

La joven intervino dedicando al cubano una larga sonrisa y mostrando su lado más dulce.

- A nosotros nos consta que trabajó para usted. Cómo explica que usted no lo conozca.

- Bueno. - Avellaneda se ajustó la corbata con cierta vanagloria- Yo soy un hombre de negocios, al rato atiende ese al rato el otro, no me pueden pedir que conozca a todos los que han trabajado pa mí.

Ávila se frotó la barbilla, sin duda no se esperaba esa respuesta.

- Y cómo se explica que usted haya ofrecido una recompensa a todo aquel que pueda dar con el paradero o alguna información acerca de Rocu-
contraatacó Dafne.

El cubano sonrió nerviosamente.

- Foxy- indicó – te puedo llamar así ¿no? Es que suena más sexi.

La joven asintió sonriendo. Ávila parecía aún más rabioso y harto de tanto tonto.

- Verán. Yo soy un hombre de recto proceder. Me gusta el orden, la legalidad. Que se haga justicia y, me comprometí con mis grandes amigos, el Director general y el ministro de seguridad a ayudarles en todo lo que hiciese falta para restablecer el orden en este país en el cual cada vez hay más delincuencia y, esa es mi manera de ayudar.

Ávila se levantó furibundo, incapaz de soportar los fingimientos y las palabras hipócritas de aquel hombre vanidoso.

- ¿¿¿Y piensa que ofreciendo grandes sumas de dinero va a lograr amai-
nar el índice de criminalidad?!- estalló- nosotros estamos en ese país para
capturar a los delincuentes y criminales. Usted no tiene porqué tomarse la
justicia por las manos.

Avellaneda estuvo a punto de estallar a gritos reprochándole a aquel es-
cuinle su insolencia y falta de consideración, pero se contuvo al constatar
la presencia de la bella dama. Elevó las manos con gesto inocente, mirando
con aire sensiblero a la joven que en aquellos momentos posaba sus manos
sobre el hombro del enfurecido oficial, convenciéndole de calmarse.

El oficial volvió a tomar asiento.

- Mea culpa, si he entorpecido la insigne tarea del cuerpo de policía. Sólo pretendía ayudar.

La joven intervino:

- Todavía puede ayudarnos. Si nos ofrece toda la información de Rocu que tenga le estaríamos muy agradecidos.

El cubano se atusó el cabello, acompañando el acto con un profundo suspiro.

- Créanme que nada me gustaría más que ayudarles. Pero no puedo, además, tengo una fiesta que atender.

Ávila se incorporó rápidamente en su sillón.

- Pero aún no hemos acabado...

La joven acarició el brazo del oficial para que se calmara. Y al instante el sonido rimbombante del timbre de un teléfono tronó en la sala. Dafne descolgó el aparato y segundos después se levantó haciéndole un gesto a su compañero.

- El caso está cerrado. Son órdenes de arriba- anunció- vámonos. No tenemos más que hacer aquí.

El oficial le miró contrariado. Avellaneda se levantó al constatar que la oficial se dirigía a la puerta.

- Señorita Foxy- intervino- siento muchísimo este mal desenlace y me gustaría pedirles que se queden y disfruten de la fiesta. Siempre es grato que nos alegren la vista- dijo sin dejar de mirar a la estadounidense.

- No creo que podamos - se excusó la joven.

- Permítame insistir. Ya que no tienen caso, no veo objeción para no poder disfrutar de la velada, al final, asintió.

No tenía nada que celebrar, pero se sirvió un plato combinado en el bufé libre. Luego pidió una cerveza para tomársela mientras digería la comida, pero no tenían. Desestimó un champán Moet. Era demasiado para él. Además, no estaba celebrando nada.

En el mostrador, entre ejecutivos bien trajeados y mujeres elegantes luciendo sus mejores joyas que tomaban sus copas con dos dedos, vio a Dafne sonreír y coquetear entre un corrillo de personas sentadas alrededor de una mesa repleta de copas. No podía creerlo y tampoco entendía por qué le afectaba tanto el hecho de que Dafne flirteara con aquel sexagenario narcisista; pensar en los dos allí unidos disfrutando de la fiesta le daban arcadas, pero por otra parte no dejaba de hacerse la pregunta de por qué le afectaba tanto, acaso...No, desechó la idea con un lado de cabeza, no podían ser celos, ella no era de su tipo, y aunque lo fuera, era inalcanzable para él; no podía ofrecerle los lujos a los que ella estaba acostumbrada.

Volvió a echar un vistazo; ahora Avellaneda le conducía hasta la pista de baile; allí estaban, el cubano le agarraba de la cintura y Dafne le acariciaba el hombro, los dos moviéndose al compás de las notas del suave jazz que ahora tocaban los músicos, en aquel momento, Dafne volteó la cabeza y le vio, inmóvil, observándoles fijamente. Ávila se ruborizó y bebió apresuradamente el resto de su copa, tenía que salir de aquel lugar.

Caminó apresuradamente hacia lo que pensaba que era la salida, pero después de un minuto de caminata se encontró en medio de un vasto y nutrido jardín. Miró alrededor algo exasperado, pero aquel verdoso lugar tenía algo de inspirador e hipnótico. Un oasis de paz que le aislaba de la mezcla de sentimientos que le embargaba. Se sentó bajo la sombra de un árbol. Allí, bajo el manto oscuro del cielo sintió que le invadía una paz interior. pronto estuvo de largarse, cuando su mirada se desvió hacia un letrero bajo el árbol en el que se había sentado y en él se podía leer: *Mangifera indica*.

Por alguna razón no dejaba de repetir aquella palabra, consciente de que la había escuchado en algún otro lugar, observó con detenimiento el árbol de mango, que se elevaba unos metros sobre él. ¡Ya lo sabía! ¡No podía creerlo! Aquella era la frase que decían que repetía varias veces Rocu en la prisión. El corazón empezaba a latirle apresuradamente al pensar en que aquel lugar, aquella frase y aquel árbol tuviesen algo que ver con aquella cantidad de dinero que se había perdido. Miró con detenimiento el árbol una y otra vez y pudo advertir que en la parte lateral tenía un pequeño y disimulado hueco. Rápidamente apartó el trozo de tronco que hacía de tapa y hurgó en el interior hasta que sus manos alcanzaron una pequeña bolsa deportiva y lo que vio le hizo ahogar un grito de júbilo. Le echó otro vistazo para asegurarse que no había sido traicionado por sus sentidos, allí estaban, billetes de diez mil en decenas de fajos. No podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Aunque la cantidad no alcanzaba los 50 millones calculó a ojo que aquella suma podría ser de unos 20 o treinta millones. Miró alrededor con recelo. Tenía que poner todo aquello a buen recaudo.

PERFIDIA

Avellaneda no dejaba de pensar en aquella *yuma* de rasgos y definiciones esbeltas. Allí, en medio de la multitud, disfrutaba de otra pieza musical con la detective más maravillosa que había conocido y se deleitaba ante la idea de poder alargar un poco más la velada. La esplendidez de aquella mujer había despertado su interés y le hacía olvidar el hecho de que ella estaba allí simplemente para investigar. Todas esas nimiedades no significaban nada ante la expectativa de que ella fuese suya; se entusiasmaba y aquello le hacía disfrutar de cada segundo de algo que iba más allá de un baile para él. Su perfume de *Chanel* y esa combinación entre timidez y arrojo le tenía turbado, aparte de su esposa nadie más había despertado tal pasión en él.

- ¿En qué piensa Foxy? - preguntó al notar la ausencia espiritual de la detective.

Ella movió negativamente la cabeza y sus ojos recorrían todo el patio en

busca de algo o alguien que el cubano no acababa de descubrir.

- En nada.

Raúl se detuvo un instante.

- ¿No te gustaría que quedemos otro día? -le soltó de golpe el cubano.

La música había cesado. La joven se quedó de pie atolondrada; se zafó un instante considerando los pros y los contras de aquella invitación. Pero no pudo articular palabra pues una mano vigorosa le agarró del cinto estirándola atrayéndola hacia sí. Era Ávila quien ahora le agarraba la cintura con fuerza, haciéndola mover al son de la nueva música que ahora sonaba. Al principio se sintió molesta por la osadía de aquel joven, pero no pudo evitar sentir cierta atracción hacia ese lado atrevido y arrojado del oficial que hasta ahora desconocía. Él atrajo el cuerpo de la oficial hacia el suyo haciéndola soltar un ahogado gemido.

Estaba tan cerca de ella que podía sentirla respirar, ella se pegó a él, haciendo descansar su cabeza ladeada sobre el hombro del oficial, él la abrazó tímidamente sintiendo una ola de placidez ante el contacto de sus cuerpos y el aliento de ella en su cerviz.

- ¿Dónde te habías metido? - preguntó después de un lánguido suspiro- te estaba buscando

Ávila se encogió de hombros.

- No soportaba verte con míster Simpático. No sabía que te gustaban los hombres de la tercera edad.

Dafne le dio un golpecito en la espalda, sin dejar de moverse.

- ¿Quieres que...nos vayamos de aquí? - preguntó ella con cierta timidez.

Hizo un silencio para darle protagonismo al alboroto de la pista, el tintineo de copas y las risas ahogadas por la lejanía. Él movió afirmativamente la cabeza y juntos salieron del lujoso lugar seguidos por la mirada furibunda de Avellaneda que contemplaba como él la agarraba de la mano.

Fuera, las estrellas temblaban en la noche como fuegos de tribus lejanas en el inmenso bosque cósmico iluminando la carretera vacía y sombría. Allí en medio de la carretera, cogidos de la mano, parecían dos adolescentes en una cita. Ella le miraba de reojo, sin duda, algo había cambiado en aquel oficial, los ojos le brillaban y tenía un aspecto más jovial y divertido.

Minutos después Avellaneda se encontraba solo en su escritorio, ajeno a todo el jolgorio de fuera. Se había servido otro vaso de la botella de un vodka que ya estaba en la mitad. Los recuerdos parecían asaltar su mente estimulados por el alto grado de alcohol, pensaba en lo esbelto de la piel de aquella deidad negra que parecía enviada del cielo para alimentar sus oníricos y más profundos deseos y hacerle caer en el pecado de la lujuria. Tan cerca de ella, pero al mismo tiempo tan inalcanzable. No se podía quitar de la cabeza aquellos jugosos y apetitosos labios, aquellas largas y resbalosas piernas que parecían incitar a tocar y acariciar cada palmo de su tersa y fina piel y qué decir de aquellas ubres ligeramente visibles por los generosos escotes, cómo resistirse a los encantos de una diva como aquella que despertaba todos sus sentidos.

Se había propuesto sentar cabeza, pero una belleza como esta tenía que ser catada a como diera lugar. Todavía seguía con aquella fogosidad que despertó en él la despampanante oficial, necesitaba compañía femenina, el calor de un cuerpo sensual y candente. Se levantó pensando en Zoraida, a quien por cierto casi no había visto en todo el día.

Se detuvo un instante al pensar en lo sicalíptica que se veía en la mañana con las gotas de agua recorriendo sus desiguales contornos, sus senos asemejados y húmedos. Se dirigió con paso apresurado hacia la habitación de la muchacha, cruzó rápidamente la cocina y subió las escaleras. Mientras lo hacía su mente no dejaba de pensar en lo excitado que se sentía.

Llegó hasta la puerta, se sacó la camisa rápidamente tirándola al suelo y quedándose con sólo la ropa interior. Empujó con ímpetu la puerta. Dentro Zoraida estaba ordenando algunas camisas y colocándolas en la maleta, al notar la irrupción de Raúl se dio la vuelta alertada. Raúl se acercó a ella y le abrazó con fuerza mientras sus manos se deslizaban lentamente desde la espalda hasta posarse en sus nalgas apretándolas contra su cuerpo, Zoraida se estremeció mirándole extrañada por aquella actitud tan impropia de él.

- ¡¡ Qué haces!!- preguntó sorprendida.

- Cómo que qué hago. Quiero sentirte mi Zora, sentir tu piel, tu aroma - dijo sin dejar de acariciar su piel. Su voz sonaba medrosa por el trance de excitación en que se encontraba.

- ¡Estas borracho! - exclamó ella incapaz de soportar el olor hediondo de su jadeo.

Zoraida se apartó de él situándose al borde de la cama. Raúl la empujó arrebatado, Zoraida cayó tumbada en la confortable cama, Raúl se tumbó sobre ella, sujetando sus brazos mientras ella gritaba.

- ¿Quieres jugar Ehh? - dijo mientras trataba de desabrocharse y quitarse sus gayumbos; le besaba el cuello. Me encanta cuando te haces la difícil... Le decía.

- ¡Raúl no! - gritaba ella.

Pero Raúl ya no escuchaba. Su mano se situó sobre la blusa de la muchacha acariciando sus senos bajo la hirsuta blusa.

- ¡No! Por favor-ahora Zoraida lloraba.

La ruda mano de Raúl despedazó la frágil blusa de la muchacha rompiendo la manga izquierda y dejando entrever el negro sujetador y bajo éste las ubres de la muchacha. Raúl arrancó el resto de la blusa con ansia

creciente mientras sus labios besaban su desvestido y simétrico ombligo. Se levantó de la cama y con inquietud se sacó rápidamente los zapatos, el cinturón y finalmente el pantalón quedándose en interiores. Zoraida lloraba desconsoladamente sobre la cama, tratando de cubrir sus casi desnudos senos. Raúl volvió a tumbarse en la cama y Zoraida volvía a gritar.

Avellaneda pasó sus manos bajó la corta falda, acariciando sus desnudas y tórridas piernas. Raúl estaba a punto de descuartizar la frágil falda y dar paso a la copulación cuando sintió que alguien le agarraba el hombro y al voltearse recibió un certero golpe en la mandíbula que le hizo tumbarse en la cama dolorido por el certero guantazo. Zoraida se apresuró a levantarse y abrazó a Bibang, contenta de verse librada. Raúl elevó la vista incapaz de creer lo que estaba viendo.

- ¡Estás loco! Cómo te atreves a invadir mi intimidad.

Bibang le devolvió la mirada desafiante, amenazando con el dedo.

- No le pongas la mano encima. ¡¡Puerco!!

Raúl no acababa de comprender la actitud de Bibang. Los miraba a cada uno. Se levantó colérico. Otra vez volvía a ser presa de la ira. Miraba a Zoraida con el ceño fruncido, se acercó a ella y le atrajo hacia él con un rápido y brusco movimiento.

- Zoraida es mía entiendes y yo puedo hacer lo que me pegue en gana con ella. Además, no entiendo tu insolencia. Qué te pasa, ¿has perdido los papeles?

Zoraida se apartó de él y volvió a encontrarse con Bibang.

- Zoraida es mi novia- dijo Bibang con cierta jactancia.

Raúl se quedó pasmado incapaz de articular palabra, miraba a la pareja

con semblante atónito. Sonrió nerviosamente.

- Me estás mintiendo. Zoraida no es nada tuyo.

Zoraida intervino con voz esporádica haciendo aplomo de valentía.

- Es verdad. Bibang y yo estamos juntos desde mucho tiempo atrás.

Raúl ya no escuchaba, las arrugas que poblaban su rostro parecían haberse aumentado y las venas en la sien eran todavía más visibles. Su rostro adquirió un matiz rojizo y su voz siempre penetrante adquirió un dejo de tristeza y abatimiento. Se dirigió hacia Zoraida punteándola con el dedo.

- ¡¡TÚ!! Eres una zorra como bien indica tu nombre. Yo te he ofrecido todo, mi casa, te he ofrecido formar parte de mi familia. De mi vida y me respondes con eso. - Ahora dirigía la mirada hacia Bibang- y TÚ, tú que has sido mi *Compay*. Te consideraba un hombre de confianza. He hecho de ti lo que eres ahora y vas y me respondes con esta puñalada trapera.

Pero Bibang le miraba con gesto de desprecio mientras acariciaba el cabello postizo de Zoraida.

- Ahora lamento haber trabajado para una persona tan déspota como tú. No te debo nada. Eres una basura de hombre.

Raúl le miraba presa de la ira que estremecía su cuerpo.

- Vas a pagar caro esa perfidia. ¿Entiendes? Podéis disfrutar de esos minutos de idilio porque pagaréis con sangre esta traición.

De un rápido gesto Bibang sacó el revólver del cinto y apuntaba el frontal del cráneo del cuasi desnudo cubano.

- Y si te mato ahora qué. Muerto el perro se acabó la rabia.

Raúl miraba aterrado la boca del revolver mientras las piernas le fallaban.

- *Bi...Biban*- balbuceó incapaz de articular palabra.

Allí arrodillado en medio de la habitación con sus flácidos, pilosos y arrugados pechos luciendo a la luz del fluorescente del cuarto, Raúl se mostraba inofensivo y canijo.

Bibang seguía apuntando al arrodillado cubano y mirándole desafiante a los ojos, observando su rostro horrorizado. Zoraida acarició la mano de Bibang y le persuadió de no hacerlo. Bibang le propinó un último golpe en la mandíbula y después, salió del cuarto acompañado de Zoraida que llevaba la maleta con sus pertenencias.

Allí estaba Raúl, sólo en mitad de la habitación, golpeado, con la mandíbula destrozada y la boca ensangrentada echando esputos de sangre. Pero no era el dolor físico lo que más le lastimaba. Se sentía pisoteado y humillado. Todavía temblaba de miedo, nunca había estado tan cerca de alcanzar la muerte. El hecho de estar desnudo y con el cuerpo frío hacía aumentar la sensación de soledad que invadía su mente. Su corazón estaba roto por el desamor de Zoraida y pisoteado por la perfidia de Bibang.

**OBRAS GANADORAS DEL
CERTAMEN LITERARIO**
12 DE OCTUBRE
DÍA DE LA HISPANIDAD 2016

El trabajo es una publicación que recoge las obras ganadoras del *Certamen Literario 12 de Octubre, Día de la Hispanidad*, convocado por el Centro Cultural de España en Malabo en octubre de 2016. Con estas obras el CCEM sigue creando una colección que sirva de apoyo y estímulo a los escritores noveles de la sociedad guineana, y al mismo tiempo difundir las historias que los ganadores de este evento literario nos quieran contar.

Malabo, julio de 2017

